

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO I — TOMO I

MONTEVIDEO, SETIEMBRE 5 DE 1881

NÚMERO 1

Explicacion

El Ateneo del Uruguay es ya una institucion suficientemente conocida, para que conceptuemos necesario detenernos á enumerar los títulos que la hacen acreedora á la consideracion social. Sus esfuerzos perseverantes en favor del mejoramiento gradual de nuestro pueblo; el resultado brillante de su propaganda, que se refleja hoy en el espíritu ilustrado y liberal de las nuevas generaciones, todo contribuye á justificar la envidiable reputacion de que goza, y á asignarle un puesto prominente entre las sociedades de su índole que funcionan en la América del Sud.

En sus trece años de existencia, ha pasado por todo género de alternativas; pero lo que la caracteriza esencialmente es que siempre, en todas las épocas, ha sabido concentrar las fuerzas más viriles y potentes de Montevideo, y gracias á esa circunstancia, constituirse en el verdadero cerebro del medio intelectual en que se desarrollaba.

Trece años de lucha en la tranquila region de las ideas, apenas sería una circunstancia digna de mencionarse, si no se tuviera presente la condicion especial en que vivimos.

Se comprende sin esfuerzo que en sociedades definitivamente organizadas, sea posible al amparo de la paz y del progreso, que las inteligencias superiores se entreguen á la meditacion y estudio de las cuestiones científicas. Pero, entre nosotros no han existido ni existen todavía, esas circunstancias tan indispensables para el desenvolvimiento intelectual.

Se trataba de fundar un centro exclusivamente consagrado al cultivo de las ciencias y de la literatura, en una sociedad embrionaria, en que las luchas políticas absorbían por completo la atencion de los hombres pensadores con problemas de interes más práctico y que reclamaban inmediata solucion.

Es curioso el fenómeno que á este respecto ha podido observar-

se en la República por propios y extraños. Las luchas de partido parecían conducir inevitablemente á la destruccion y á la ruina; y sin embargo, miéntras en política el desórden se hacia crónico y las convulsiones intestinas se repetian sin cesar, en otras esferas se operaba un movimiento saludable que envidiarían, sin duda, los pueblos mejor organizados: se creaba el Ateneo del Uruguay, que desde el principio adquirió gran importancia por la elevacion de su programa y por los poderosos elementos de accion que supo conquistarse; se creaba tambien la Sociedad de Amigos de la Educacion Popular, de la que había de surgir mas tarde la reforma radical que ha colocado á la República á la cabeza de la América del Sud en materia de enseñanza primaria.

Y es que se tuvo la intuicion de que lo único que podia conjurar la crisis y salvar á la República, era la educacion que suministran la escuela y la tribuna, esos dos grandes agentes que se completan el uno al otro, y que, obrando juntos, tienen el poder de transformar las condiciones de un pueblo, sustituyendo la felicidad y el progreso á la ignorancia y anarquía!

La accion del Ateneo tenia, sin embargo, que ser limitada, no porque su propaganda fuese en sí misma deficiente, sinó porque los trabajos que se leían desde la tribuna, sólo aprovechaban á las personas que concurrían semanalmente á las reuniones de la sociedad. La propaganda no podia, por lo tanto, ser bastante general, extenderse sobre todo el país, y al propio tiempo, ejercer la influencia duradera que sólo es propia del libro y el folleto.

El Ateneo ha querido saludar su décimo tercero aniversario, inaugurando la publicacion de un periódico que llene ese último vacío y ensanche, en consecuencia, su actual esfera de accion.

Los ANALES DEL ATENEO, completarán la propaganda que se ejerce desde la tribuna, y demostrarán una vez más el grado de desarrollo á que ha llegado la asociacion, y los poderosos elementos de vida que encierra en su seno.

La publicacion de los ANALES, permitirá la conservacion de muchas producciones notables, que permanecen desconocidas por falta de publicidad suficiente, y hará posible tambien que, tanto en Montevideo como en el Exterior, pueda seguirse sin esfuerzo el movimiento intelectual del Ateneo y las diversas manifestaciones de su propaganda.

Excusamos encarecer la importancia de la publicacion. Los títulos que ella puede invocar, son los mismos que han permitido á

la Asociacion de que será órgano oficial, conquistarse un puesto honroso entre las sociedades de su índole que funcionan en la América del Sud, é imprimir á su propaganda una influencia relativamente considerable.

COMPOSICIONES

LEÍDAS EN LA TERTULIA LITERARIA CELEBRADA EL 5 DE SETIEMBRE DE 1881
EN CONMEMORACION DEL DÉCIMO
TERCERO ANIVERSARIO DEL ATENEO DEL URUGUAY

Programa

PRIMERA PARTE

- 1.º HIMNO NACIONAL—Ejecutado por la orquesta de la Sociedad "La Lira".
- 2.º DISCURSO INAUGURAL—Por el Sr. Presidente del Ateneo, Dr. D. Alberto Palomeque.
- 3.º POESIA—Por D. Jacinto Albístur.
- 4.º POLVO Y LUZ—Poesía, por D. Ramon de Santiago.
- 5.º INSTITUCIONES POLÍTICAS Y SOCIALES DE LAS HORMIGAS—Discurso, por D. Agustin de Vedia.
- 6.º LA CUMBRE—Poesía, por el Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes.

SEGUNDA PARTE

- 1.º SI J'ETAIS ROI — Sinfonía por la orquesta de la Sociedad "La Lira".
- 2.º CIENCIA Y RELIGION — Discurso, por D. Juan P. Ramírez.
- 3.º DUDA Y FE — Poesía, por D. Abel Pérez.
- 4.º LÉJOS DE LA PATRIA — Poesía, por D. Antonio Baqchini.
- 5.º LOS BESOS — Poesía, por D. Alcides De-María.
- 6.º LA POESIA Y LA CIENCIA — Poesía, por D. Angel Brian.
- 7.º EL IDEAL — Poesía, por D. José G. Busto.

PROGRAMA

7

TERCERA PARTE

- 1.º GUARANI—Quinteto para arcos, por los Sres. Berro, Domecq, Gairand, Piriz y Soto.
- 2.º EL PENSAMIENTO Y LA FORMA—Discurso, por el Dr. D. Juan C. Blanco.
- 3.º INMORTALE ODIUM—Poesía, por el Dr. D. Luis Melian Lafinur.
- 4.º CHILE Y PERU — Poesía, por don Santiago Maciel.
- 5.º SOLO DE VIOLIN—Por el Sr. Massi, acompañado en el piano por don Luis Varela.
- 6.º LAS DOS LUNAS—Poesía, por don Joaquin de Salterain.
- 7.º LA MUSICA, LA POESIA Y LA ELOCUENCIA — Palabras de clausura, por el vicepresidente, don Anacleto Dufort y Álvarez.

Discurso inaugural

POR EL DOCTOR DON ALBERTO PALOMEQUE

Señores:

“ Horizontes sombríos, desconfianza, el crédito deprimido, incertidumbre en todo, lazos de amistad ó de familia deshechos ó debilitados, la anarquía en el hogar: hé ahí el pasado.

“ Contento, alegría, fé en el porvenir, una sonrisa de esperanza en todos los labios, reconciliaciones sinceras, vínculos restablecidos: hé aquí el presente.

“ Señores: si queremos encontrar el porvenir, busquémoslo, y hemos de hallarlo en la perseverancia, en la honradez y en la prudencia, para asegurar la conquista del presente.

“ Señores: felices los que, habiendo sido actores en un drama tormentoso, podemos contemplar esta obra del patriotismo, que significa el triunfo sobre nosotros mismos, en esas cuestiones de vanidad que tanto afectan, que tanto apasionan, porque tal es la condicion humana.

“ Los pueblos unidos inspiran respeto y consideracion, los pueblos anarquizados suelen despertar hasta la codicia dormida de los extraños. “

Estas palabras, pertenecientes á un tribuno argentino, pueden aplicarse al “ ATENEO DEL URUGUAY “, con motivo de los sucesos últimamente acaecidos.

Pemitidme, señores, en esta ocasion solemne para mí, que por una de esas coincidencias, fácil de esplicarse en los pueblos democráticos, me toca presidir la apertura de esta festividad,—refleje en este pálido discurso inaugural todas las indecisiones, todos los temores, todas las dudas de que me he encontrado poseido al resolverme á aceptar su direccion, en la que van á tomar parte oradores conocidos de esta sociedad ilustrada, avezados á dirigiros la palabra fluida y galana que brota de sus labios como de rico manantial de

serena fuente, do viene el espíritu, ávido de una vida de ideas, de ideas generosas; de aspiraciones patrióticas, de fantasía brillante — á saciar esa sed de libertad literaria que vive comprimida bajo la cúpula del cerebro do se elabora el pensamiento que estalla en raudales de inspiracion cuando encuentra á su alrededor almas que le comprenden; que le acarician con sus miradas radiantes de alegría y de entusiasmo; que le enaltecen con su presencia, y le acompañan en el “parto“ de las ideas — ya como adalides de su causa, si le es simpática, — ya como heraldos de la verdad, para combatirle noble y lealmente en la lucha que los varones de alma enaltecida por la desgracia y sufrimientos, saben afrontar con la sonrisa en los labios, la fe en el corazon, el pensamiento en Dios y con el recuerdo en la memoria de la patria y de sus mayores.

Brillante movimiento de ideas va á operarse en el vasto y ameno campo de la literatura; pensamientos delicados, junto á ardientes arranques de inspiracion; concepciones severas y maduras, fruto del estudio y de la observacion, chocarán con las atrevidas imágenes del poeta; revuelto mar de agitadas pasiones que se sublevarán al golpe épico de la lira, al lado del plácido arroyuelo que se aquietará al cólico movimiento de las cuerdas del instrumento querido; sentimientos ardorosos; pasiones que estallarán; ideas que quemarán, como el fuego, el alma del ciudadano del derecho; pensamientos desnudos del oropel de la poesía, fruto sazonado de los años y de la experiencia, última verdad de la vida; tranquilas y adormecedoras palabras que llevarán en su seno el santo fuego de amor patrio; gloria, amor, ciencia, verdad; ilusiones perdidas; deseos que han muerto; aspiraciones que nunca mueren; las santas y legítimas ambiciones del talento y de la virtud; — todo eso enaltecido por las melodías de la compañera de la poesía — la música — en confuso movimiento, en una sucesion de minutos, atropellándose todo á la vez, encantando vuestra imaginacion y presentando un panorama brillante, deslumbrador, que tan pronto os convidará á la meditacion de la verdad escondida en las entrañas de la madre naturaleza como os conducirá en alas de la fantasía á ese séptimo cielo de la Mitología; — hé ahí lo que vosotros y yo vamos á presenciar, arrobado el espíritu, y marchando tras los encantos de tanta palabra inspirada por ese algo que seduce y enceguece á las multitudes — la oratoria — don reservado á los genios!

Hé aquí lo que será esta conferencia al festejar el décimo aniversario del Ateneo del Uruguay.

Paso, pues, á los oradores, que van á dar brillo á este festival intelectual!

Queda inaugurada la Conferencia Literaria.

Instituciones sociales y políticas de las hormigas

POR DON AGUSTIN DE VEDIA

Cuando el que escribe fué invitado á tomar parte en las fiestas literarias de este centro de cultura, tuvo la franqueza de manifestar que se creía una de las personas ménos preparadas para responder á una expectativa semejante y para atraer la atención de una asociación ilustrada, habituada, por otra parte, á oír á sus ingenios más felices.

Y aun cuando persisto en esa creencia, no queriendo que esa razón se tome por una excusa vana, ha debido consentir en arrostrar el juicio del benévolo auditorio.

Era ese también el único medio de acreditar sus simpatías profundas por una institución que tanto honor refleja sobre el país; que tanto bien le ha hecho; que tanto bien puede hacerle, y que en los días más angustiosos de la patria, en medio de la tempestad y del naufragio, ha flotado como el arca santa del porvenir y ha sido el refugio inviolable de la inteligencia y de la conciencia.

Y bien: comprometido ya en la empresa, debía pensar en un asunto digno del auditorio. Pensó cuanto es posible pensar en el día, sobre temas literarios que, como las plantas, exigen una atmósfera propicia para desarrollarse. No había llegado á encontrarlos. El término en que estaba estrechado se vencía, y era preciso tomar una resolución heroica.

En esta situación se echó mano de lo primero que se presenta. Y lo que he hallado bajo mi mano, es un libro que acaba de salir de las prensas de París (1), y que se propone revelarnos los fenómenos de la vida psíquica de los animales, y, en particular, de las hormigas y de las abejas.

Se ha anunciado que voy á ocuparme de un estudio social y político, y se me perdonará esta desviación, si es que no se encuen-

(1) Vie psychique des bêtes, por Louis Buchner.

tra perfectamente lícito que examine el sistema social y político de las hormigas dando un rápido trasunto de la obra del naturalista. El estudio no tendrá originalidad en el fondo ni en la forma; pero espero que no carecerá absolutamente de interés. No se entienda por él que voy á sentar plaza deliberadamente en algunas de las congregaciones filosóficas que empiezan á apuntar entre nosotros. Dejando á un lado esos vastos problemas que atormentan al espíritu humano, apartándonos del materialismo ó del espiritualismo, sin idea sistemática preconcebida, vamos á hacer desfilar ciertos fenómenos de la naturaleza y á recoger nuestras impresiones en ese inmenso laboratorio donde se confunden y se renuevan eternamente las fuerzas misteriosas de la vida.

Cuando pasa el naturalista del estudio psicológico del hombre al estudio del animal, se asombra de encontrar nuevamente en éste todo lo que acababa de descubrir en los más secretos repliegues del corazón ó del cerebro humano. "El ingenio y la necesidad, la astucia y la simplicidad, el bueno y el mal gusto, la bondad y la maldad, la dulzura y la dureza, la impetuosidad y la flema, la gravedad y la despreocupación, la constancia y la lijereza, el valor y la pusilanimidad, el esfuerzo y la jactancia, la intrepidez y la timidez, la verdad y la mentira, la inclinación y la abnegación, el amor y el odio, la franqueza y el artificio, el orgullo y la modestia, el reconocimiento y la ingratitud, la delicadeza y la aspereza, la confianza y la desconfianza, la sensatez y la locura, la compasión y la crueldad, la prodigalidad y la avaricia, la sobriedad y la intemperancia, la esperanza y la duda, el egoísmo y la generosidad, la obediencia y la insubordinación, la tristeza y la alegría, la cólera y la insensibilidad, la pereza y la actividad laboriosa; en una palabra, los diversos temperamentos, las pasiones, las propiedades, buenas ó malas, de la naturaleza humana, surgen sucesivamente en el vasto océano de la vida animal; y en todas partes el observador vuelve á hallar la imagen de nuestra vida social, industrial, artística, científica y política." (1)

Y aunque de ello no se dé cuenta alguna el hombre indiferente ó extraño á las maravillas de la naturaleza, en ninguna parte resaltan más esos fenómenos vivientes [que en los seres casi micros-

(1) F. M. Trogl: *Causeries sur la sychologie des animaux.*

cópicos que perecen á millares bajo nuestra planta y que escapan muchas veces á nuestras miradas, atraídas de preferencia por la contemplación de los mónstruos de colosales y gigantescas proporciones, inclinación en que parece revelarse una debilidad injénita de la humanidad. Una lijera escursión por el mundo de las hormigas vá á darnos la convicción de esa verdad de que está tan poseída la familia de los naturalistas.

No se estrañe que hayamos fijado nuestra atención en primer término sobre la hormiga: ella ocupa indisputablemente el primer rango entre los insectos, ya se miren sus facultades psíquicas, ya sus facultades intelectuales. Un naturalista que ha estudiado especialmente las hormigas de la Suiza, que deben ser las más adelantadas y progresistas, á juzgar por lo que se han elevado allí las instituciones humanas, asigna á la hormiga entre los insectos el rango que corresponde al hombre entre los mamíferos. Ya puede calcularse si merecerá la hormiga las consideraciones que reclamamos para ella, y si hay desdoro en que el primero de los mamíferos rinda ese homenaje al primero de los insectos. Algo más hay que decir para justificar esa preferencia. Se tiene por indudable que, si los hombres no fuéramos más grandes que las hormigas, y si estas, por el contrario, hubiesen sido de nuestro tamaño, habríamos sido considerados por ellas como animalitos, muy inteligentes á la verdad, pero incontestablemente inferiores á su especie. Nosotros, ménos justos en su caso, les negamos la inteligencia, y apenas si les reconocemos el instinto....

Los anatomistas y fisiologistas que se han dedicado á estudiar la naturaleza de las hormigas, no dudan de que su inteligencia extraordinaria se asocia á un desarrollo especial del sistema nervioso, y particularmente del cerebro, órgano del pensamiento. En la clase de los insectos, sin esceptuar á las abejas, tan dignas de particular homenaje, el cerebro de la hormiga es el más desarrollado. Es él, segun la espresión de uno de los sabios modernos, la partícula más maravillosa de materia en el Universo: acaso más maravillosa, agrega, que el mismo cerebro del hombre. Tratándose del cerebro humano se ha dicho que no basta considerar su tamaño y su peso para determinar ó graduar su inteligencia: es necesario también tener en cuenta su organización, su forma, su estructura, la conformación de sus anfractuosidades y su composición química. La observación se aplica igualmente á la hormiga, y se esplica así que pueda manifestarse una actividad extraordinaria en una masa estremadamente pequeña de sustancia nerviosa.

La patogenia de las afecciones cerebrales designa fenómenos que aparecen en el cerebro de la hormiga. Las lesiones de ese carácter provocan en ella las mismas consecuencias que se advierten en igual caso en los animales superiores, sin escluir el hombre. Las hormigas que han caído bajo uno de esos estados, sufren convulsiones, movimientos desordenados é inconscientes y caen á veces en un estado de inmovilidad y de reposo, ofreciendo un espectáculo tan melancólico, como el de los hombres privados de sus sentidos más necesarios.

La historia de la hormiga tiene una sorprendente analogia con la historia del hombre: ellas construyen sus habitaciones con salas, aposentos, ante-cámaras, tabiques, columnas, vigas transversales, etc; viven en república; sus instituciones sociales y políticas tienen más de un punto de contacto con las humanas; cuidan esmeradamente de la lactancia y de la educacion de su progenie; domestican vacas lecheras; almacenan y administran provisiones, las trasladan de una estacion para otra; emprenden campañas militares; libran batallas mortíferas; hacen prisioneros y esclavos; celebran tratados, etc. Cada una de esas inclinaciones ó caractéres, tienen la comprobacion de numerosas y estensas observaciones.

Si las construcciones que levanta la hormiga son ménos artísticas que las de las abejas, en cambio varian segun los lugares, las circunstancias y la naturaleza de los materiales que debe emplear. Se adapta á todas esas variaciones y saca partido de todo. La diversidad y la complicacion de esas construcciones supera á las que se observan en las ciudades más adelantadas: aposentos innumerables, celdas, departamentos para su prole, comedores, salas de servicio, pasadizos, corredores, arcos, puentes, calles subterráneas, canales, túneles, bóvedas, escaleras, columnas, planos oblicuos, cúpulas, etc.

La inteligencia que despliegan en la construccion de los edificios, en la variedad de su arquitectura, en su adaptacion á las circunstancias, en el transporte de los materiales, en la construccion de sus caminos, cubiertos ó descubiertos; la modificacion y perfeccion de sus trabajos, sujetos á la enseñanza práctica y á la esperiencia, sus estaciones, almacenes y sucursales, establecidas á lo largo de sus caminos, como sitios de reposo y verdaderas etapas; todo eso deja perplejo al observador, que se siente confundido ante la similitud que ofrece con los cuadros vivos de las sociedades humanas. Son, en suma, ingenieros consumados; admiten siempre en principio que la línea más corta es la mejor; saben hallar con seguridad el camino más directo,

y hasta se supone que despachan exploradores nocturnos para dar á conocer la superficie del suelo, é indicar por señales á los mineros que trabajan bajo tierra, la direccion que deben seguir. — Las construcciones de las termitas, que, si bien pertenecen á otro órden de insectos se hace figurar generalmente entre las hormigas, son relativamente imponentes, elevándose á veces en Africa á una altura de 20 piés. Esas construcciones se ensanchan y se renuevan á medida que lo requiere el desarrollo de la poblacion, llegando á formar verdaderas ciudades que, de léjos, parecen habitaciones humanas. Teniendo en cuenta la altura y volúmen de esos edificios y el tamaño de sus arquitectos, no hay obra humana que resista su comparacion y todas son bajo esa relacion pequeñas y microscópicas.

Está muy bien acreditado por numerosas y pacientes observaciones, que las hormigas viven bajo el sistema republicano y que han llegado á establecer las más amplias bases democráticas. Ningun otro animal ha suministrado á los naturalistas pruebas tan abundantes y maravillosas de su inclinacion á la sociabilidad. Un anatómico del siglo XVII, que se dedicó particularmente á la anatomía de los insectos, comparaba la sociedad de las hormigas á las primeras comunidades cristianas. (Este sábio, Swammerdam, se inspiró sin duda en ese cuadro de las hormigas cuando abrazó las ideas místicas de la visionaria Antonieta Bourignon, no sabemos si por amor á las ideas ó por amor á la santa, que es fama inspiró grandes pasiones, apesar de su sensible fealdad). Plinio reconocia ya las preciosas facultades de las hormigas y se referia á sus costumbres sociales y políticas. No solo están dotadas, decia, de memoria y de prevision, sino que se encuentra en ellas una especie de república... Celebran asambleas en que se reconocen. Qué vá y viene! Con qué apresuramiento se abordan y se interrogan! Vemos las piedras gastadas por sus idas y venidas, y ahondado el terreno de ligeros surcos que indican el camino que siguen todos los dias para trasladarse á la obra: ejemplo notable del poder de los esfuerzos débiles pero continuos!

Las hormigas no son sólo republicanas: son eminentemente socialistas. Ellas han realizado el ideal soñado por nuestros más atrevidos reformadores. El "estado obrero" que se ha pretendido organizar en la humanidad, es una institucion de las hormigas. No hay utopia platónica de que ellas no se hayan apoderado, no pudiendo garantizarse si fué Platon quien inspiró á las hormigas, si fueron las hormigas las que inspiraron á Platon, ó si la idea surgió directa ó espontáneamente en el cerebro del insecto y en el cerebro del filósofo.

Hemos dicho que las hormigas se consagran esmeradamente al cuidado de su interesante prole. Su nutrición se efectúa poniéndole el alimento en la boca: no hacen otra cosa las nodrizas con nuestros infantes. Las hormigas rodean á su prole de una solicitud incesante y la trasportan de un sitio á otro, consultando los cambios de temperatura, durante algunas semanas. Como la humanidad, por lo menos, se preocupan de la higiene y de la salud. Sensibles en demasía á las variaciones de la temperatura, conocen el grado de calor que conviene á sus crías. No es comun esa inteligente observación en nuestra especie. La larva de la hormiga necesita de la asistencia de sus hermanas para salir del capullo y no viviría si esa asistencia no se prolongara durante lo que llamaremos la infancia. Necesita ser alimentada, dirigida y educada. No hay, á fe, nodrizas más atentas, más vigilantes, más solícitas, más abnegadas, en sus funciones. El cuidado de su posteridad forma su preocupación dominante y el fin supremo á que se dirige la actividad de la población obrera en los hormigueros: poderoso instinto social desarrollado en ella de una manera sorprendente.

La hormiga tiene cuidado de recojer el grano y de almacenar provisiones para el invierno. La inteligencia que aplica á ese trabajo ha faltado algunas veces á nuestros acopiadores de frutos. El grano depositado en el granero estaría espuesto á germinar si la hormiga no emplease algun procedimiento químico ó mecánico, desconocido, para impedir ese resultado. Se presume que cubren de cierta sustancia ó que horadan el grano, á fin de impedir la germinación.

Hay también una especie agrícola que hace sus sementeras y sus cosechas con tanta maestría como nuestros más prácticos agricultores. Pero generalmente la hormiga es un pueblo pastor. Un siglo hace ya que Lineo hablaba de los ganados y de las vacas lecheras de las hormigas. Se ha demostrado, en efecto, que la cría de los ganados y la producción del lactificio, faenas que regularmente van unidas á la agricultura, son industrias explotadas por las hormigas, que se han elevado así á un grado de cultura que solo alcanza el hombre después de haber atravesado los escalones inferiores de la vida de cazador y de pastor. Las vacas lecheras son elejidas entre los afidanos, cuyo grueso abdomen secreta gota á gota una sustancia azucarada muy codiciada por las hormigas y que estas se apresuran á absorber. Hay otros insectos que son utilizados de la misma manera por la hormiga y que solo ella ha logrado domesticar á favor de las finísimas caricias que les prodigan por medio de sus

ténues y delicadas antenas. Cuando se ve un gran número de hormigas que suben y bajan á lo largo del tronco de un árbol, puede asegurarse que el árbol sirve de domicilio á los afidanos.

Se ha experimentado que las hormigas tienen una afición particular por la limpieza. Un naturalista americano que ha hecho estudios especiales sobre la hormiga agrícola, la llama, con perdón del auditorio, el ser más aseado de la creación. Después del sueño ó de la comida, se entregan á una *toilette* que recuerda la de los gatos. Lo más curioso es que, parece seguirse á esa tarea un sentimiento indefinible de bienestar que han podido experimentar todos los que ponen en práctica las sabias lecciones higiénicas de nuestro distinguido amigo el doctor Berra.

La hormiga se distingue particularmente por sus sentimientos amistosos ó por sus odios implacables, por su compasión ó por su crueldad, y tiene defectos y debilidades que no cuesta hallar en la humanidad. Las antenas le sirven para reconocerse; su alimentación mútua es un signo de afección. Se cargan una á la otra; se nutren y se lamen recíprocamente. Se reconocen después de algun tiempo de ausencia. Si son enemigas, se huyen ó se arrojan una contra la otra. No parece que conociesen ó usasen las solemnidades con que tiene lugar el duelo en la alta sociedad humana. Muchas especies de hormigas tienen cementerios, donde sepultan ceremoniosamente á sus muertos, como las abejas. Algunas prodigan á sus heridos ó enfermos los más asiduos cuidados; y hasta se ensayan entre ellas algunos de los tratamientos que suelen indicar nuestros grandes médicos para ciertas enfermedades. Se ha visto, por ejemplo, á ciertas hormigas, dar baños á los enfermos y colocarlos al sol. La pusilanimidad y la abnegación, ofrecen á veces rasgos individuales dignos de notarse: una hormiga se dejará matar antes que abandonar la ninfa que lleva; otra abandonará cobardemente la suya y se salvará. La humanidad está llena de esos ejemplos. La abnegación del individuo en favor de la comunidad se asocia á un temperamento ardiente y á un odio invencible contra todo lo que es enemigo ó extranjero. Eso nos recuerda á nuestras poblaciones primitivas. Ha sido necesario que se operase gradualmente el cruzamiento y la fusión de las razas; que se estendiesen y combinasen los intereses, y que se ligasen y confundiesen los hombres y los pueblos atraídos por la ley de solidaridad, para que desapareciesen esas prevenciones inveteradas. Pido perdón: olvidaba que se trata de las hormigas y no de los hombres.

La hormiga es esencialmente golosa: es también un defecto nuestro. La satisfacción de la gula, tan poderosa en ella, es á veces el único medio de contener el ardor belicoso que la anima. Suelen hallarse en conflicto esa pasión y aquel apetito. Esto sucede cuando un ejército en persecución de otro encuentra á su paso un botín abandonado por los fugitivos. La gula del vencedor salva á los perseguidos. La hormiga se abandona entonces á las delicias de Cápua. Esto nos recuerda lo que pasaba con los paraguayos en la guerra de la triple alianza, cuando después de haber arrollado al enemigo más allá de sus propias tolderías, se abandonaban al festín, en cuyo abandono les sorprendía la muerte, fulminada por el enemigo reorganizado. Hay una especie de hormiga, cuyos individuos se distinguen por un egoísmo refinado, y que, cuando descubren algún depósito de víveres, en vez de dar parte á sus hermanas, como otras especies, lo esplotan en su provecho esclusivo: semejante al hombre, dice Büchner, que se interesa en ocultar las fuentes de bienestar que tuvo la suerte de descubrir alguna vez!

Las calidades físicas ó intelectuales de la hormiga sorprenden no solo por su desarrollo sino por su variedad. La fuerza muscular, la velocidad, la energía en la defensa ó en el ataque, la cobardía, la cifra de la población de cada colonia, la periodicidad de sus enlaces, el olfato, sus costumbres belicosas, sus sistemas de construcción, la elección del local, su género de nutrición, los hábitos de trabajo, ejecutado por el día ó por la noche, todo eso, según numerosas observaciones, oscila dentro de los límites más estensos. La hormiga trabaja independientemente, por su propia cuenta, y solo es ayudada por sus compañeras cuando estas han llegado á penetrarse de la excelencia de su plan. Este sistema no está exento de inconvenientes, y las hormigas, como cualquier otro sér, los experimentan á cada paso. Es natural que cada hormiga se empeñe en hacer prevalecer sus combinaciones, sus gustos, su estilo; en una palabra su génio particular. Esa libertad de acción y de pensamiento, llevada á sus últimos límites, nos explica la construcción de sus laberintos. No se busque en la república de las hormigas la uniformidad, la rigidez, las reglas simétricas é inmutables del arte arquitectural: esa severa igualdad pertenece más bien al sistema monárquico de las abejas.

Es indudable que las hormigas poseen, no sólo un lenguaje mímico, en el que sus antenas intervienen principalmente, sino también un lenguaje sonoro, que se dirige al oído. Las nu-

merosas observaciones de los naturalistas han dejado esa convicción, á pesar de que, en el concepto de algunos, el lenguaje de la hormiga no sea perceptible al oído del hombre. A ese respecto opondré una observación de mi escasa cosecha. No soy naturalista; no he hecho estudios sobre los animales, si se exceptúan los hombres, en parte; pero una prueba singular me dejó un día en la creencia de que las hormigas charlan infinitamente más que el sexo femenino en la humanidad. Mi padre me hizo experimentar el hecho, tomando tres ó más hormigas, encerrándolas en un pañuelo fino y haciéndomelo llevar al oído. Todavía siento aquella algarabía infernal: sin duda eran todas de un solo sexo. Mas tarde, sin embargo, me ha asaltado una duda sobre esa conclusión, y he pensado que el bullicio podría ser producido por otra causa; como por el roce violento de sus tenazas, dotadas de un poder extraordinario.

La hormiga, en efecto, desarrolla una fuerza muscular sorprendente. Está bien comprobado que ella puede llevar cuerpos cien veces más pesados que los que carga el animal más grande, sin escluir al hombre. Ese vigor le permite arrastrar vigas, á veces de dimensiones considerables, sobre las cuales descansan sus edificios, ó cargar con los prisioneros en un día de batalla.

Las relaciones de las colonias entre sí, ó sea las relaciones internacionales de las hormigas, ofrecen una similitud asombrosa con las sociedades humanas. Guerras, armisticios, alianzas, saqueos, asaltos, sorpresas, tácticas, astucias guerreras, hay entre las hormigas como entre los hombres. Se ajustan alianzas entre las diferentes colonias. Es doloroso tener que decir que las hormigas suelen ejecutar á sus prisioneros, pero me apresuro á agregar que también ponen término á las luchas empeñadas ó renovadas entre ellas, por medio de tratados de paz.—Las hormigas amazonas empeñan batallas, ni más ni menos que nuestros Estados, y dan muestras de un génio militar y guerrero que falta muchas veces á nuestros generales. Empiezan por reconocer el terreno donde ha de librarse la lucha; partidas ligeras recorren sus inmediaciones; estudian cuidadosamente los menores accidentes del suelo, y solo después de haber explorado y examinado todo, se lanzan á la acción.—No marcha con más orden al combate un ejército humano, ni ataca con más brio y encono. Saben, como Napoleón, que el gran arte de la guerra consiste en ser el más fuerte en un punto dado, y su estrategia se ajusta á esa observación. Arrollado ó aniquilado el enemigo, regresan de la guerra cargadas con el botín de los vencidos.

En la Europa, pero sobre todo, en Asia, en Africa y en América, se conoce una especie de hormiga llamada *pheidole* que contiene una forma particular, conocida con el nombre de *soldados*. Se distinguen de sus hermanas por sus grandes cabezas y sus fuertes tenazas. Es esta una clase privilegiada, que no ha nacido para el trabajo: tiene sus leyes, sus usos y sus derechos particulares. Un naturalista que ha tenido cautiva por algun tiempo á una colonia de soldados . . . hormigas, decia que nunca vió trabajar á los soldados. La especie particular de las hormigas blancas ó termitas, del Africa, Asia y América, asi como las de Australia, tienen ejércitos permanentes, tan numerosos y bien organizados como los de las grandes potencias militares. Se ha observado que sus haciendas no están en un estado tan lamentable como las de las sociedades humanas. Sus arrastradores de sable no se permiten ningun exceso con los ciudadanos que los alimentan y á quienes aquellos, en cambio, garanten contra los ataques del enemigo. Debo agregar sin demora que, en la opinion de los naturalistas, si la constitucion política de las termitas tiene una grande analogía con la república de las hormigas, ella se aproxima mas al principio monárquico, en cuanto admite un ejército permanente y tiene solo una reina á la cabeza.

En la república de las hormigas, esto es, bajo el régimen de la libertad y de la igualdad, no hay, que se sepa al ménos, una disposicion constitucional por la cual se establezca que no son admisibles entre sus habitantes otras distinciones que las de los méritos y virtudes. Parece que las hormigas son poco afectas á las declaraciones generales de principios. Pero en el hecho, que vale algo mas, no hay otra superioridad ó privilegio que los que nacen de la naturaleza ó de la educacion: la edad, la fuerza, la esperiencia. No reconocen gerarquias ni grados, ni direccion suprema: el sentimiento del deber les basta.

Se ha pretendido en todo tiempo, y aún en nuestros dias, que las debilidades inveteradas de la naturaleza humana la hacen incapaz de gobernarse á sí misma, y de realizar en todo su alcance los principios del gobierno libre. ¿No podria oponerse á los sostenedores de esa tesis el ejemplo de las hormigas? Cuando vemos esas poblaciones de insectos bastante inteligentes y adelantados para vivir con arreglo á los principios universales de igualdad y de libertad, ¿declararíamos al género humano incapaz de obtener esos mismos resultados? El hombre, que se presume rey de la creacion, y

que se envanece de su divino y misterioso origen, ¿no podria realizar el *self-government*, que la humanidad ha llevado tan adelante?

Pero hay grandes llagas sociales entre las hormigas, y esto es ciertamente digno de admiracion. Las observaciones que desde tiempo inmemorial se han hecho sobre ellas, acreditan que existe en su seno una institucion social y política que ha ejercido y ejerce todavía una influencia perjudicial y funesta en el desarrollo histórico y en la civilizacion del hombre: la esclavitud. Esa institucion de explotación y de iniquidad, esa irritante violacion del derecho de propiedad de la criatura sobre sí misma, se halla tambien entre las hormigas! Pero, ¿tendrán derecho para reprocharles esa contradiccion odiosa con sus tendencias democráticas, los que no hace medio siglo se desprendieron recién de ella, y los que todavía la conservan como un borron de su civilizacion? Que sean las hormigas las esclavócratas, pase! Y aun así, seria siempre justo reconocer en honor suyo que la esclavitud se distingue en las hormigas por un carácter mucho más humano que la de los hombres. Ellas no se permiten reducir á esa condicion á los adultos de su especie, ó á individuos que hayan alcanzado la plenitud de su conciencia de hormiga: escrúpulo que difícilmente se hallaría en los mercaderes de carne humana.

En cambio de ese gran vicio social, aseguramos bajo la fe de los naturalistas, que las hormigas han realizado el principio de la educacion comun por el Estado. — *Las prate nis* se entregan á juegos y ejercicios gimnásticos, como los niños en las escuelas. Todo eso revela en la hormiga un instinto social que se eleva hasta una especie de razon colectiva. El gran principio económico que interviene tan poderosamente en la vida industrial y económica de la humanidad, la division del trabajo, se aplica en sus minas, en el transporte de los materiales, en sus construcciones, en la educacion de su descendencia, en la domesticacion y cria de sus ganados, en sus cacerías y en sus viajes: pues tambien hay hormigas cazadoras y viajeras!

Todo trabajo debe tener un término y un objeto. Es general que nuestros textos de moral ensalcen las virtudes y afeen los vicios humanos, á fin de educar el alma del individuo y de las sociedades por la leccion viva del ejemplo. He creido que una reflexion sobre seres inferiores, segun nuestro entendimiento, en la es-

cala de la vida, podría dar mejores frutos. Si todo ó gran parte de lo que se ha dicho sobre las hormigas, es exacto, ¿por qué su ejemplo no había de tener influencia en la moral del hombre? Esopo, Fedro, Lafontaine, Samaniego, Iriarte, idearon sus apólogos con ese fin. Se proponían enseñar con la ficción. La ficción se va convirtiendo en realidad. Los naturalistas van destronando á los fabulistas, y su ciencia descubre hechos y leyes generales que superan á todas las maravillas de la fábula. Si ésta encerraba un caudal de generosa enseñanza, la verdad científica debe hacer meditar profundamente á la humanidad. Meditemos, pues, sobre las instituciones sociales y políticas de las hormigas. Acaso nos den alguna luz para guiarnos en los escabrosos y complicados senderos de nuestra vida!

Ciencia y religion

POR DON JUAN P. RAMÍREZ

He venido demasiado temprano á
un mundo demasiado joven.

I

Viajero, descifra un enigma—decía la impenetrable esfinge de remotas edades.

¡Ay del torpe peregrino que no acertaba á resolver el pavoroso problema!

El mónstruo de las múltiples cabezas le precipitaba rápido en el reino tenebroso de Pluton.

Vosotros los que vivís en la moderna edad ¿no habeis encontrado en vuestra peregrinacion, esfinge que proponga al pensamiento la duda y misterio?

¿Como el monstruo antiguo, la desesperacion no ha precipitado vuestro pensamiento en el abismo sombrío del excepticismo y del desengaño?

Pálidas doctrinas, extraviadas, cuyos fundamentos son vacilaciones, acuden á la mente y satisfacen la pregunta.

Sacerdotes inspirados, poetas, intérpretes preclaros, con sus doctrinas, con sus ejemplos palpitantes, son instintivamente evocados.

Se ha exagerado tanto, tanto se ha soñado, que la inteligencia desorientada, aturdida ante la magnitud de la reaccion, desvaría ó desespera.

Schopenhauer, el malhumorado genio de los grandes *spleenes* y de las grandes fantasías, pretende convenceros de que el ideal está en el no sér y la suprema virtud en la muerte.

Byron, el poeta legendario de las imaginaciones apasionadas y entusiastas, herido para siempre por la ficción y la mentira de una filosofía decrepita, reniega de todo y prostituye su musa, hasta vi-

brar en su lira armoniosa un himno menguado al más torpe, al más grosero de los sensualismos.

¡Dos ejemplos que traducen conjuntamente el malestar de una época y el extravío de muchos siglos!

La esfinge está de pié, ella reclama solución, cualquiera que sea.

II

¿Quién no conoce la Grecia? Las ondas sonoras de sus ríos tienen caricias de mujer, sus montañas enrisgadas tienen altiveces de mitológicos titanes—cada uno de sus valles evoca leyendas sonrientes ó terribles.

El tridente de Neptuno abre el valle del Tempe, y en las cumbres del Olimpo, sobre sus nieves eternas, moran los dioses inmortales flotando entre la nube que atraviesa el relámpago.—Las llanuras de la Tesalia son el teatro de la guerra entre los gigantes y los soberanos del Olimpo, y allí auguran las Musas el nacimiento de Aquiles y la ruina de Troya.

Las Termópilas, Marathon, las riberas del Mar Egeo, son pedazos de aquella gallarda y gentil Helenia, salpicados de gloria, que hablan bien alto á la imaginación y al sentimiento.

Sus selvas virginales ocultan misteriosas náyades, y rodeada de sílfides y ondinas, aparece en las espumosas aguas la Vénus desgreñada, pálida y hermosa como una rosa de invierno, ardiente como los ensueños de la adolescencia.

Sobre su cielo azul flota la imagen melancólica de Lord Byron empapada en lágrimas y circundada de la aureola del martirio. Las brisas del mar Jónico arrastran en sus suspiros los acentos del gran poeta de la desesperación, llenas en lejano tiempo con las armonías de Píndaro y los lamentos de Hesiodo.

En esa tierra encantada, cavuelta entre las brumas de sus poéticos delirios, la inspiración del poeta narra una historia, esculpida en caracteres indelebles, sobre calcáreas rocas, en los ladrillos endurecidos de la edad de cobre, sobre los derruidos muros de Lisimac.

Recojamos ese hermoso episodio del gran poema del Universo que nos legara Homero entre sus himnos embriagados y sus lágrimas divinas.

Homero, cuyos versos tienen la armoniosa sonoridad de las olas

del mar de Jonia, su patria—la melancólica poesía de las brisas crepusculares—la cadencia de los remos al batir la rizada superficie de las aguas “que habla como la tempestad” y fulmina como el rayo—describe con el cincel de la verdad una época misteriosa—enlazando diversos períodos geológicos y llevando así, un poderoso contingente á la teoría de la evolución—que en su grandiosidad realiza la atrevida paradoja de los poetas:—juntando la tierra con el cielo—encadenando lo infinitamente pequeño con lo infinitamente grande.

Poeta, historiador, geólogo y geógrafo, colocado frente al eterno problema que plantean las solitarias ruinas de la Ilion de la edad de piedra y de la edad de cobre—su genio llena el abismo inmenso de los siglos y presenta en solución de continuidad, toda una historia calcada sobre huellas inequívocas, pero fugitivas, de la destrucción, de la lucha y del incendio.

Los exámetros de la Iliada, son el eco vibrante de una época primitiva y batalladora—la imaginación ardiente del historiador-poeta les imprime el sello del presente en que se ajita, y en cada uno de sus versos véis en juego las pasiones rudas y borrascosas del hombre de la edad de bronce.

En sus metáforas espléndidas parece que se escucha el belicoso estruendo de los bronceados puñales y hachas que entrechocan.

Cito al acaso algunos versos y ellos constituyen por sí solos una revelación.

Enfurecido Aquiles grita á Agamenon:

“Miserable, tú que tienes la insolencia en los ojos y la cobardía de una cierva en el corazón, te juro por este cetro, por este cetro que ya no brotará, ni ramas ni hojas; por este cetro que ya no reverdecerá, desde que cortado el tronco que lo produjo en la montaña, ha sido despojado de sus hojas y de su corteza:—juro que te roerás el corazón por haber ultrajado en mí al más intrépido de los griegos.”

Describiendo el poeta un movimiento de Júpiter esclama:

“Frunce sus negras cejas; su divina cabellera ondea sobre su cabeza inmortal y todo el inmenso Olimpo se estremece.”

Ordena Agamenon los bélicos aprestos del ejército y se espresa de la siguiente manera:

“Que las correas que suspenden el ancho escudo al cuello de los guerreros se humedezcan con el sudor: que el brazo se canse de lanzar dardos, que los caballos uncidos á los carros resplande-

cientes se cubran de espuma, y que los cobardes sean arrojados á los perros y á los buitres.“

Estas palabras provocan en los griegos un inmenso murmullo:

“Semejante al estrépito de las olas estrellándose contra la roca escarpada de un alto promontorio combatido por todos los vientos.“

Cada frase es la nota vibrante de un himno guerrero—cada palabra recuerda el ruido de los metálicos escudos.

No necesita el sublime ciego hablar de los puñales y las hachas de bronce, ni de los vasos de oro y plata artísticamente cincelados, que en su profusion acusan los edades remotas en que el Pactolo llevaba entre sus aguas arenas de precioso metal, para que su poesía abrasadora y gigantesca imprima la vida, de un génio que desborda á toda una época.

Comparad la magnificencia, el vigoroso entusiasmo de los cantos de Homero, con las estrofas del autor de los “Trabajos y los Dias“, frias como la experiencia, tímidas como la desgracia, y ella os dará base más sólida y certera para vuestras investigaciones, que los estudios de los geólogos y los descubrimientos de los anticuarios.

Entre la época en que Homero señala como rarísimas riquezas las mujeres de talle peregrino y los trozos del fierro codiciado y aquella en que Hesiodo esclama:

“Ahora es la edad de fierro“ está patentizada la diferencia mejor que entre superpuestas capas geológicas.

Homero narrando y describiendo todo lo que caracteriza su época, proyecta la luz de su inspiracion sobre las edades de piedra, oro, plata y fierro, así clasificadas por la ciencia de los antiguos.

La geología humana de pueblos superpuestos que el genio investigador de Hissarlik ha revelado en la Troada, aparece iluminada por las tradiciones del gran poeta—las ciudades amontonadas, las unas sobre las otras, acusan en el lenguaje elocuente de las ruinas, la vieja existencia de un gran centro de civilizacion, que segun las más verosímiles inducciones es la Troya tan celebrada por el poeta, próxima á la cual se elevaba la famosa Ilion.

Tenéis en la Grecia un episodio del gran poema universal, os lo repito—no se objete con la pequeñez del escenario—la nebulosa se convierte en mundo—en la primitiva célula germinaba el Universo.

Las etapas geológicas de Grecia en su lenta y evolutiva formacion, son el verídico reflejo de la formacion del globo terráqueo; sólo que en esta última intervienen como factores primordiales el abismo de los siglos y talvez lo infinito de los tiempos.

Son una página interesante de la gran teoría—pertenecen á los dispersos elementos de que se valiera Liell para destruir la explicacion de Cuvier acerca de la creacion, que hacía de la tierra un libro pintoresco de varias ediciones, lujosamente adornado con lo sobrenatural y lo fantástico.

Constituyen un versículo de la nueva Biblia, más poético, más sublime que los de la Biblia antigua, porque es sencillamente verdadero.

En el curso de esta disertacion he insinuado algunos principios de la nueva fe, que entrañan revelaciones hermosas, que seduceu cómo la verdad y fascinan como la ciencia.

Empero, ante los falsos apóstoles que pululan siempre en torno de la *buena nueva*, ante las explotaciones y las consecuencias apócrifas de la doctrina, el espíritu se sobrecoje, duda y esclama vacilante como el héroe de Shakespeare: “Ser ó no ser, he ahí el problema.“

Enardecido el indio de la libre América vuela en alas del pampero á batallar por la tierra tradicional de las palmeras y de las ninfas de peregrinos ojos.

La lucha es desigual; jadeante, herido, cae postrado en tierra.

El Ministro del altar pugna por convertirle al dogma de Jesus—como último argumento le promete la bienaventuranza de los cielos.

—¿Van al cielo los conquistadores? pregunta el guerrero agonizante.

—Sí, responde el sacerdote.

—Ah! entónces no quiero ir al cielo.

Cuando lívidos relámpagos surcan el horizonte, cuando la libertad, el derecho, la justicia, se refugian proscriptas y dolientes en la conciencia individual,—cuando la fuerza ensoberbecida habla y la razon enmudece, en vano se ofrecerá á los corazones levantados el encanto todo de una nueva y grandiosa religion, que borra de sus códigos las sagradas palabras de libertad, de justicia, de derecho, luz, vida, armonía del individuo y de la sociedad.

Parodiando la intransijencia sublime del salvaje, es el caso de preguntar: ¿cabe en vuestras doctrinas la apoteosis de los réprobos, la cobarde transijencia con el crimen, el degradante indiferentismo hácia los grandes sentimientos que dignifican á la humanidad?

—Sí?

Pues entónces se rechaza la ignominia aunque venga envuelta en las atrayentes concepciones de Darwin, el Newton de la filosofía natural orgánica, en la frase perfumada de Quinet, el glorioso convertido—la ignominia que pretende socabar los más rudimentarios fundamentos del sentido moral.

Pero ¿acaso la transición de la vieja metafísica á la nueva teoría es algo como el famoso *punte de los Suspiros*, escenario obligado de las siniestras tragedias de la antigua Venecia, cuyo paso entrañaba, las más de las veces, la muerte del confiado transeunte—para que ella entrañe la muerte de los ideales de la humanidad, cuyos elementos son el amor, la verdad, el heroísmo; cuyas notas, himnos y arpejos modulan los suspiros de la apasionada Haydée, el acento inspirado de Newton, la heroica imprecación de las Termópilas?

Es observación de un gran soñador convertido:—nada miente en la naturaleza—el tigre, la hiena, no adulan para desgarrar—El león no sonríe á la presa—no tiene bramidos de palaciego.

Solo el hombre se prosterna ante el caballo de Calígula favorecido por el viento de la fortuna, maldiciendo en su interior la triste miseria de su destino—solo él prodiga entre sonrisas, el veneno de una injuria, el dardo acerado de una sátira sangrienta.

Así, pues, según el nuevo credo, la mentira no es sólo negación de la humana dignidad, sino también contradicción viviente de las leyes eternas del Universo.

El amor es, al decir de Quinet, una gran fuerza cosmogónica, alma y hogar de la vida universal, ley de las leyes, prehistóricas y genesiácas que debemos asociar á todas las concepciones científicas.

El gran poeta naturalista descubre en las palabras de los amantes el murmullo sordo de las generaciones futuras, nuevos tiempos inconscientes ve flotar en sus ojos.

Salvados esos dos grandes principios; el amor y la verdad, está salvado el orden moral.

Liell en la esfera geológica, Darwin en la orgánica, y Quinet en la moral, nos presentan las grandes fases de esa doctrina de la evolución, que arranca al mundo sus secretos, sus oscuridades, su misterio.

Está abierto el gran libro de la naturaleza,—ciego el que no lee!

En el suelo de Grecia descubriamos una etapa del inmenso transformismo de la materia—en el dogma de Quinet, un periodo del progreso que surca impávido las edades.

El mundo físico, como el mundo moral, están bajo el dominio de la inteligencia humana.

Resta el problema de que os hablaba al principio.

Ante él la ciencia enmudece. Ni niega ni afirma.

Respetar la triste negación del escéptico y la fé extraviada del fanático.

Confunde la plegaria de Lamartine con la blasfemia de Espronceda—el concepto apocalíptico de Lamennais con el apóstrofe sangrienta de Alfredo de Musset.

Quizá el porvenir entrañará la solución—armonizando la idea y el sentimiento, la fé y la razón, el Dios de los cristianos y la causa eficiente de todo lo creado.

Ante esas perspectivas, si me fuera lícito, raquíptico pigmeo, parodiar la frase de eminentísima figura, os diría:—He venido demasiado temprano á un mundo demasiado joven!

El pensamiento y la forma

POR EL DR. D. JUAN C. BLANCO

Señoras, Señores:

Si en esta ocasion se detiene mi palabra, pálida y marchita, sin entusiasmo, atribuido á otras causas estrañas á mi admiracion por las bellas artes, y á mi afan por el brillo del Ateneo.

Con todo, la presencia de este auditorio forja estímulos á la imaginacion desfallecida, y hace olvidar con su prestigio, siquiera sea por breves horas, las tristezas de los dias presentes.

No voy, sin embargo, á pronunciar un discurso. Apenas si continuaré ante vosotros una conversacion literaria comenzada noches pasadas con un eminente poeta á quien no necesito nombrar, porque todavía nos embarga su robusta inspiracion, la inspiracion de *La Cumbre* la robusta inspiracion de Alejandro Magariños Cervantes.

Demasiado lo sabeis para que yo lo repita una vez más. — Allí donde termina la intensa radiacion eléctrica, se produce la sombra sin penumbra.

Mi conversacion literaria llenará en esta conferencia el espacio de la sombra, de la sombra sin penumbra que proyecta la alta elocuencia y la excelsa poesía.

El pensamiento y la forma. Sigamos la disertacion comenzada con el poeta.

Fuerzas físicas actuando por todas partes, descomponiéndose, desplegándose, ante nuestra vista asombrada en infinitas combinaciones de intensidad y color; materia luminosa que rueda por los espacios; soles suspendidos, inmóviles para unos mundos, raudos para otros en el incesante movimiento de su eterna ley; lozana naturaleza, que se viste de galas como doncella núbil, que se entristece despues cuando la vegetacion desmaya y las hojas de los árboles empiezan á caer; sitios agrestes, yermos agitados por los vientos y las olas embravecidas del mar; deleites y amarguras del sér humano;

impulsos afectivos, políticos, religiosos; vida física, vida moral, combate de la naturaleza, combate de la humanidad, — ¿quién reproduce las maravillosas formas de la una, fijando un instante de perpetua variacion? ¿quién imprime á las ideales manifestaciones de la otra, el alto concepto, el ritmo y la armonia, para vaciarlas en moldes imperecederos?

La mano del artista, la palabra hablada, la poesía y la música, que yo no quiero llamar "bellas artes", porque me pareceria insinuar algo de ficticio que contradice la realidad interna ó externa de la imagen reproducida en el lienzo y el concepto, de la idea ó sentimiento que mueve el corazon.

Para el anatema del mal, para la glorificacion del bien, para todo lo que agita profundamente el alma, — idea sublime, creacion deforme, — hay la palabra y la pintura que son la expresion imitativa y simbólica; hay la poesía y la música, que elevan esa expresion á la esfera del ritmo y la melodia.

Asi lo exige nuestra organizacion, porque es ley del hombre, ley misteriosa, que su fuerza y su grandeza se exalten en grandiosas formas y se encarnen en selectas individualidades para que sus destinos se cumplan.

Y, si no, Señores, mirad; prestadme un momento vuestra atencion.

Un pueblo se levanta gigante; va á proclamar la libertad, la igualdad, la fraternidad entre los hombres; vá á completar la obra que inició dos siglos ántes la Inglaterra, va á consumarla para sí y para todos los pueblos.

Es la Francia que se apresta á abatir de un golpe todos los privilegios seculares, con la declaracion de los derechos del hombre, todas las tiranías, con la toma de la Bastilla.

Esperad!.....Ese sentimiento poderoso, ese ideal que electriza, reclama una altura en que agitarse, un cerebro que lo posea y lo domine, una palabra que lo irradie con toda su fuerza y esplendor.

Esperad! Sobre la tribuna francesa, Tabor de la humana revelacion, aparece Mirabeau!

Hé ahí la personificacion del ideal, la cabeza que se hiergue con arranque de titan, la palabra que lanza entre acentos formidables el rayo forjado por el pueblo y hunde en el espanto á la monarquía deslumbrada!

Esperad todavía.... Ese sentimiento, ese ideal, tiene ya la forma que revela la fuerza del leon y la resonancia del acento cíclopeo, pero reclama el ritmo y la armonía para conmover el hogar, cruzar los bosques y perderse en las montañas.

Es el poeta que viene á llenar su misión:

Es Andrés Chenier que trae en su mente los ecos perdidos de la Grecia, las odas de Píndaro, los cantos órficos escuchados en la cuna, y que rompe la lira helénica para que estallen acordes que fulminen la tiranía, para que la entonación vibrante del verso lleve la imprecación de un pueblo á los invasores que asaltan sus fronteras!

Ah! el sentimiento, el ideal, no está aún espresado.

Es necesario, que el poeta y el orador, que todo intermediario desaparezca.

El alma busca una forma más intangible, más etérea, que arrastre y subyugue la voluntad.

La palabra *Libertad*, debe resonar en los espacios, agitada tan sólo por los átomos sonoros.

¿Quién la ensalza despues de Mirabeau y Chenier?

Una noche de insomnio, una noche de fiebre patriótica, comunican el poder de la suprema inspiración y Rouget de Lisle entona la Marsellesa, canto *de victoria*, canto *de muerte*, estallido del alma herida, grito de combate, melodía sencilla y arrebatadora, címbalo sonoro y estridente que lleva en sus vibraciones á los pueblos de la Francia, á todos los pueblos del mundo, la voz de arrebato, el sueño del triunfo, las armonías inefables de la democracia y la libertad!

Retrocedamos, señores, á otros tiempos y otras ideas, para confirmar mas la ley del pensamiento y la forma.

El renacimiento y la edad moderna no habian aparecido todavía.

Era la época del sentimiento religioso ajitando esclusivamente el mundo.

La teología y la teocracia, todo lo dominaban.

La palabra del apocalipsis parecia escucharse de nuevo, infundiendo en todas las conciencias temores pavorosos y escelsas esperanzas.

Era el pensamiento dogmático en la idea religiosa, en la vida estendida á límites infinitos; pero la tragedia esculpida faltaba, como faltaba la glorificación del dogma por lábios humanos.

Virgilio, por el amor de Beatriz, tiene piedad del Dante *en la mitad del camino* de la vida, y surge el altísimo poeta, y Dante,

con oratoria nunca oída, con palabra que penetra, con estro celestial, traza los círculos y los caminos, sólo abiertos á la divina vision, hasta llegar á las altas esferas donde la humanidad se confunde con la eterna luz.

El sentimiento del mundo antiguo tuvo entónces su grandiosa exaltación, en la mente que deslumbra, en el verso que se libra de la lengua toscana como de férrea ligadura, en el canto del Dante que se eleva, por el amor *que mueve el sol y las estrellas*, para valerme de su alto concepto, hasta Dios que es el amor mismo.

Ah! pero otro génio habia de imprimir otra forma á idéntico sentimiento, á la eterna tragedia, y Miguel Angel, pidiendo inspiración á los ecos de la noche en la solitaria campiña, á las imponentes ruinas del Capitolio y del Foro romano, como siglos más tarde habia de evocarla Chateaubriand al rayo de la luna para escribir el libro del cristianismo, arrojando el cincel para improvisarse sublime pintor, empapando su espíritu en la Biblia y en la Divina Comedia, triturando por sí mismo las materias colorantes, encerrado en la Capilla Sixtina, delirante, como un poseído, traza en los frisos y en los muros de granito, admiración de la humanidad, las pájinas del Dante, sus condenados, sus vírgenes, sus aureolas inmortales, la creación y el juicio postrero, principio y término del dogma teológico á través de los tiempos infinitos!

Qué falta todavía?

Más allá del Dante y de Miguel Angel nada concibe el humano espíritu.

Sin embargo, el ideal reclama otra forma, sino mas imponente y magestuosa, mas etérea; reclama la ausencia de formas, para que nada se interponga en su arrobada contemplación.

Así siente el mundo antiguo, así es el profundo sentimiento religioso y así tiene que expresarse.

La plegaria debe ascender al himno, la luz irradiada en la palabra, tiene que comunicarse á la nota vibrante para que hiera directamente el alma, porque así es que el alma concibe la plegaria y contempla la luz inextinguible.

Esperad!—De una altura que corona la ciudad eterna, del monte Celio, refugio de desprecios y sitio de meditación para el génio abandonado, vibra esa nota luminosa, y Palestrina, transformando la música, creando un género, cuando el canto religioso era la desesperación del arte, siguiendo la inspiración del Dante en los círculos del cielo, porque ni la tonalidad, ni la instrumentación mu-

sical del siglo XVI podían expresar los otros círculos trazados por el poeta, refleja la aspiración teológica y dogmática en ondas sonoras de llana melodía, que arrojan los espíritus, que inundan el altar con la vaguedad y el perfume de místicos anhelos.

Hé ahí el ideal en su excelsa forma.

No espresa todavía Palestrina las iras satánicas ni los profundos dolores, pero ya modula la súplica de beatitud y el amor divino. — Es el último ritmo del Dante, elevado al cántico del coro religioso. Mas tarde abrazará la música todo el drama y el ideal será expresado por completo.

Adelantémonos con el pensamiento, Señores, y lleguemos al siglo XVII, al siglo literario por excelencia.

La revolución en las artes y en las ciencias está consumada.

La revolución religiosa, iniciada en el siglo anterior, es la que agita ahora el mundo.

La Inglaterra, la Alemania, la Francia misma discuten el dogma y proclaman la reforma que tiene sus cátedras por todas partes.

Hay, sin embargo, un pueblo que permanece extraño al movimiento; que lo resiste, que lo combate con el ardor de su raza.

Es el pueblo y es la raza que dominó el día antes todo el Europa, y que tiene sus hijos esparcidos por el mundo encontrado mas allá de los mares conocidos por las demás gentes de la tierra.

El espíritu de Felipe II, todavía lo embarga y lo sujeta.

Es el pueblo y es la raza, que ha batallado siglos por su independencia, por su religión, por la gloria de su nombre; es la España de la leyenda y la epopeya, cuyos guerreros no pueden abandonar la insignia de los cruzados, ni desertar las banderas con que vencieron al enemigo de su ley, ni discutir el símbolo con que sellaron sus homéricas conquistas.

Sus tradiciones, su espíritu indomable, su heroísmo, lo subyugan como un fanatismo, como voz providencial que le marcara una única misión sobre la tierra.

El sentimiento dogmático conserva allí la intensidad que vá perdiendo ó modificándose por todas partes, y espera al genio que lo exalte en formas imperecederas, antes que la sucesión de los tiempos borre sus profundas huellas.

La edad media ha pasado.

Todas las naciones han pronunciado ya su juicio sobre esa época de formación.

Pero el misticismo comparte aún la vida del pueblo hispano, aunque no la absorbe por completo, por que la adoración va acompañada de la fuerza, de la pasión humana, del drama heroico, cuyo protagonista es el guerrero invencible, el mismo pueblo hispano que se irguió soberbio en Numancia, que mas tarde dispersó á los árabes y en Lepanto sepultó á los turcos.

Ese es el elemento propio, nacional, que se mezcla al misticismo en el pueblo resistente á la reforma.

Lope de Vega, ya ha escrito sus autos sacramentales y sus comedias, vivificando con esfuerzo poderoso el teatro español y fijando sus caracteres distintivos: el sentimiento religioso y el sentimiento del honor.

Pero, falta todavía el poema filosófico, que personifique al místico y al hombre, al ideal supremo y á la vida humana con todas sus soberbias y caídas.

Esperad! — El coloso del gran teatro vá á aparecer.

Es Calderon de la Barca que, dominando todo el escenario de lo real y lo absoluto, todo el dogma, como lo impone la fé, como lo siente el pueblo para quien escribe y cuyo espíritu posee, abre el libro de la edad media, poema del misticismo, y al lado de la escala invisible, símbolo del éxtasis, que Kempis habia levantado en admirable exhortación, para ascender á las alturas, coloca él al hombre con su fuerza primitiva, su orgullo y su soberbia, restableciendo así la verdad y la realidad de la humana naturaleza, mutilada desde siglos por deformes ascetismos.

El sentimiento del pueblo hispano de la época, su ideal, ha encontrado ya la forma necesaria, y Calderon de la Barca, desarrollando los dos elementos que lo constituyen, — la religión y la pasión — crea esa forma y escribe el poema, como requiere ser escrito, con la profunda y maravillosa inspiración de "La vida es sueño" y crea á Segismundo, como Shakespeare á Hamlet, y Segismundo sellando el misticismo de la edad media con la presencia del hombre real, sus alardes y desengaños, resume así el pensamiento del gran poeta y el sentimiento místico-dramático de su pueblo en el siglo diez y siete:

¿ Qué es la vida? — Un frenesí:
 ¿ Qué es la vida? — Una ilusión,
 Una sombra, una ficción,
 Y el mayor bien, es pequeño;

Que toda la vida es sueño,
Y los sueños . . . sueños son!

.

Mi palabra se siente deslumbrada ante los resplandores de semejantes versos, pero, sigamos, señores, sigamos.

La pasión humana, la vida real, queda, como veis, magníficamente reflejada en el poema de Calderon. El ritmo ha revelado el sentimiento de un pueblo en toda su sublimidad.

Allegri en la misma época y Mozart mas tarde, génios que se unen á través del tiempo como por la comunión de dos espíritus, — la comunión del *miserere*, — imprimen á la música religiosa la resonancia de la vida humana, sus amores, sus lúgubres pesares, y el *salmo de David*, el *dies iræ* y la *lacrimosa* se elevan desde entonces en notas graves, en clásicas melodías, que no pudo encontrar Palestrina, ni ofrecer el *canto llano* de la edad media, que solo espresaba el éxtasis.

Escusadme, señores, si todavía me detengo un momento más.

No se si fatigaré vuestra atención, pero ántes de dejar la palabra, necesito evocar el recuerdo de un poeta y de un canto que á mi singularmente me apasiona.

Es el canto de libertad y el grito de abominación que arrancó un *Restaurador de Leyes* en el Río de la Plata.

Época tremenda fué esa, que ya está juzgada por la historia y por los hechos de la tiranía, entónces ominosa y aterradora.

Un sentimiento electrizaba á todos los ciudadanos y á todos los hombres libres que habitaban estos países, y Juan Cruz Varela, dando grandiosa forma á ese sentimiento, exaltó en canto inmortal la gloria del pasado, el heroísmo legendario, y condenó el apóstrofe de la tiranía, en estrofa impregnada de dolor, impregnada de sagrada indignación.

Solo por escarnio de un pueblo de bravos
Bandas mercenarias de viles esclavos,
Por calles y plazas discurriendo van!

.

¿Cuál fué, señores, la melodía que elevó á nota musical el canto de Varela, expresión del sentimiento de estos pueblos?

Fué la que vibró triunfante en Caseros, al derrumbarse el poder

de Rosas, fué la marcial melodía de nuestro Himno que allí resonó el primero, del Himno de nuestros padres, que hoy nos parece fúnebre, cuando contemplamos la triste realidad, la dolorosa decadencia á que ha llegado la República!

No deseo seguir, señores, en el orden de ideas que me sugieren estos recuerdos, no deseo hacerlo ni aún al precio de vuestro caloroso y benévolo aplauso, sino mas bien alejarlos de mi memoria, y terminar aquí, porque la palabra que no se traduce en hecho, no es palabra de vida.....

Oh! si. Yo tendria que repetir aquí lo que he dicho en ocasión señaladísima.

Glorias del pasado, heroísmos de la libertad! no nos está bien invocarlos en días como los presentes, que cubren de honda tristeza la faz de los ciudadanos, en días como los presentes, que son la profanación y no el culto de aquellas glorias y de aquellos heroísmos.

Permitidme, pues, que termine, dejando esos recuerdos que nos confunden, y si ahora, volviendo al tema de mi disertación, que-reis que os diga lo que es el pensamiento y la forma, la pintura y la música, la elocuencia y la poesía, yo os diré que no sé mas de lo que he dicho, que interroguéis á los maestros, á nuestros oradores y poetas, á los de esta conferencia, que así atestiguan el progreso intelectual alcanzado, como el brillo del Ateneo, de este Ateneo, luz del presente, luz y fuerza del porvenir!

La música, la poesía y la elocución

PALABRAS DE CLAUSURA DEL VICE-PRESIDENTE, DON ANACLETO DUFORT Y
ÁLVAREZ

Señoras y señores:

El cuarto aniversario del Ateneo del Uruguay y décimo-tercero del Club Universitario acaba de ser solemnizado de una manera brillante.

A esa brillantez ha contribuido en gran parte la simpática sociedad musical "La Lira", cuyo generoso concurso agradezco en nombre de mis consocios.

De mí sé decir, que me he sentido, en el trascurso de esta velada, arrancado con violencia de los dolores que trituran el alma del patriota, y llevado á regiones fantásticas; que he experimentado, en ráfagas tan breves como dulces, la inquieta alegría del pájaro que, escapado de su jaula, remonta libre el vuelo por la extensión azul.

La música con sus armonías, la poesía con sus versos empapados en lágrimas, ó radiantes de entusiasmo, la elocución con su palabra sonora y sus toques centelleantes, —arrullaron nuestro oído, despertaron las más delicadas fibras de nuestra alma y nos pasearon por encantados jardines, al són de música misteriosa, ora bañados con todas las claridades del día, ora al fulgor de los astros, flores de luz, *jardin aéreo*, que de noche brilla en los cielos y se refleja en el azul de las aguas.

Todo eso, y más que he sentido, pero que no me es dable expresar, nos han hecho ver y oír, en dulcísimo consorcio, la música, la poesía y la elocución.

Juzgad de las tribulaciones de mi ánimo, de los temores que me asaltan, al considerar que, por el cargo que desempeño en la Directiva del Ateneo, véome obligado á cerrar el acto, echar toco-velo ante esos espléndidos panoramas, arrancaros del mundo de los sue-

ños color de rosa, extinguir la armonía, hacer la noche y el silencio en las almas.

Quisiera que mi palabra fuese llave de diamante, que cerrase las áureas puertas de esas encantadas regiones.

Mas apenas si es de toco-hierro, y ha de producir el áspero chirrido de la llave de un calabozo.

Con todo, los que me han precedido en este acto han poblado el aire de perfumes, de luz y de armonía; han dejado en todos los corazones luminosas huellas, han enternecido, han entusiasmado, han deslumbrado.

Voy, pues, á pedir un eco á esa armonía próxima á extinguirse en el recuerdo, un perfume á ese ramo de flores, una gota á ese torrente, una chispa á esa hoguera, un rayo de luz para reflejarlo en el foco sin lustre de mi palabra.

Tres hermanas nacidas del amor y de la aurora, se han dado aquí cita para deleitarnos con sus inefables caricias: la música, la poesía y la oratoria.

La música he dicho.

Hé ahí la parte más vaga, pero no ménos divina, de las bellas artes.

Ella es un eco lejano, si bien dulcísimo, de los afectos del alma.

"¿Acaso la música, — ha dicho Lamartine, es más que ese suspiro, ese gemido, ese grito melodioso, que nace en nuestros labios, cuando empieza á ser imposible la expresión de una idea con la palabra?"

El corazón del hombre es un arcano, y á veces no hay palabras que puedan desentrañar y dar formas á un sentimiento oscuro, que nace apenas como un pequeño giron de niebla en el lejano horizonte, de invisibles perfiles, vago y misterioso.

Pues bien; ese sentimiento que las palabras no expresan, lo expresa la música.

Ella lo descubre en las azules profundidades del alma, lo traduce en una vaga melodía y triunfante lo entrega á las ondas sonoras.

La música tiene su lenguaje propio, exclusivo, porque nos habla de ideas y sentimientos que escapan á la palabra hablada.

La música modera ó aviva las pasiones; educa el sentimiento.

Así Sócrates, en su vejez, no desdeñó tomar lecciones de lira.

Los discípulos de Pitágoras, al decir de Quintiliano, pulsaban la

lira al levantarse para despejar la inteligencia y cobrar ánimo para el trabajo; y al acostarse, para alejar de la memoria los tumultuosos recuerdos del día.

Cayo tenía un esclavo que, con ciertas armonías, lo calmaba en sus violentos arranques de elocuencia.

Y Timoteo, de Tébas, tañendo en su flauta un estilo frigio, encrepaba en el alma de Alejandro las olas de su cólera terrible; y lo apaciguaba y lo enternecía modulando tonadas del estilo lidio.

Píndaro hacía de la música la compañera del valor.

Diga Heródoto que ese arte fué introducido en Grecia por Cadmo y sus compañeros, é investiguen los sabios su histórica procedencia, que es presumible, en mi sentir, que no lleguen más que á esta conclusión: el hombre fué músico siempre, en todas partes, en la montaña y en la llanura, en el ecuador y en el polo, desde que experimentó un sentimiento vago que la palabra no expresa.

¿ Quién fué su maestro ?

La naturaleza.

Ella nos habla, en notas misteriosas, de no sé qué homérica epopeya que se desarrolla en la lucha gigantesca de los elementos.

Hay en ella suspiros y risas, cantos de dolor y de alegría, súplicas y amenazas, arrullos y estallidos de cólera, amorosos conciertos y bélicos himnos: en la brisa, en la hoja, en la flor, en el bosque, en el zumbido del insecto, en el gorgceo de los pájaros, en el torrente que ruje, en los alaridos del viento, en la tempestad con sus salvajes armonías.

La música es el arte más antiguo, segun Quintiliano, y yo agregaría que es tan antiguo como el hombre, más antiguo que el hombre, porque la naturaleza canta.

A veces la leyenda no es más que el traje pintoresco de la verdad.

Así la tradición asegura que un ministro chino reprodujo por primera vez la escala musical en cañas de bambúes, despues de observar los diversos tonos que modulaban dos pájaros, enamorada pareja de las selvas.

Hay irresistible inclinacion en ver traducidos los sentimientos de nuestra alma en los conciertos de la naturaleza.

Pitágoras creyó en la armonía de las esferas.

Decian los antiguos que la cabeza de Orfeo fué arrojada al Hebrus, y que desde entónces el rio lleva, en el murmullo de su corriente, las quejas que se exhalan de sus labios.

Se cuenta que en las poéticas regiones del Asia, no sé en qué parte,

los amantes y los desgraciados hacen agujeros en las cañas de bambúes, combinados de modo que el viento exprese en ellas sus sentimientos; y así las brisas de la noche vienen á modular en esas cañas, arpas cólicas del amor y la desgracia, sus dolores y sus esperanzas.

.

Pero hablé de la poesía.

De la poesía . . . Foco misterioso que irradia el calor en las almas heladas, lágrima celeste, música de lo invisible, bálsamo de los dolores inmortales, rosada mensajera que Dios ha debido crear en un arranque de suprema ternura, ala de luz que vuela hácia el porvenir y nos muestra la suspirada region de los ensueños!

Hay en la poesía algo de la vaguedad de la música; pero tiene por objeto sentimientos más concretos, más tangibles, que podemos cubrirlos con el manto de la palabra.

Hay más poesía—decia yo en carta dirijida á un amigo,— en el vago placer de los recuerdos, que en los placeres presentes.

La pasion que se experimenta, nos hace sufrir las más veces. La que se recuerda, nos llena casi siempre de placer inefable.

Esta segunda faz señala el instante poético.

¿ Por qué ?

Porque en el recuerdo del pasado, con la memoria, trabaja la fantasía, llenando los huecos, suavizando los contornos, vistiendo la realidad desnuda.

Tal vez por eso ha dicho Byron:— “Así como las ondas acaban trocándose en espuma sobre la playa,— las pasiones, en sus postros límites, se rompen trocadas en poesía. . . .”

El poeta del sentimiento ha sufrido mucho, y se complace en renovar sus dolores, en vestir su desnudez y presentarlos al mundo en cantos armoniosos.

Muchas veces, como Chenier, arrulla su muerte con el canto del cisne.

Como la madre que halla un tristísimo y á la vez dulce consuelo en vestir á su hijo muerto y adornarlo de flores, que riega con el rocío de sus lágrimas,— así el poeta viste de flores sus muertas alegrías y al compas de su lira solloza armoniosos acordes.

A veces el poeta, ese sér misterioso que, como el pelicano á sus hijos, alimenta á la humanidad con pedazos de sus entrañas,— en sus versos ruje, quema y se desborda como catarata de fuego.

Y es cuando canta á los pueblos oprimidos el recuerdo de sus glorias, y azota el rostro de los tiranos con su látigo de llamas.

Molesto ya demasiado vuestra atencion, y trataré de ser breve, aun cuando es vasto el terreno que pudiera recorrer.

Por cumplir mi compromiso, voy á decir algunas palabras acerca de la elocuencia.

Hija de la imaginacion y del sentimiento, como la poesía, la elocuencia tiene los límites de la lógica.

Se entrega á los vuelos de la fantasía, toca los corazones; pero es frenada por la razon.

Convencer y conmover, tal es su mision.

Se dice que los antiguos galos, como emblema del ascendiente de la palabra, representaban un Hércules armado, de cuyas manos partian cadenas de oro que iban á parar á los oidos de los que le rodeaban. Las cadenas estaban flojas, lo que queria significar "que el poder del orador no descansa en la fuerza, sino en la magia de la expresion y del pensamiento que cautiva y arrastra las almas y los corazones". (1)

En efecto, más que la música y tanto como la poesía, la elocuencia sacude los corazones con nervudo brazo.

La música, por sí sola, no produce más que vagas tristezas, presentimientos oscuros.

La poesía y la elocuencia, en boca de los que conocen sus secretos, sorprenden el ánimo, lo avasallan, sacuden con energía las pasiones, arrancan lágrimas y encienden la cólera.

Dulce y suave es la música; la elocuencia enérgica y avasalladora.

"La elocuencia es inmortal,—dice el autor citado,—pero los oradores mueren pronto; porque una vida tan agitada y llena de inspiracion no puede ser duradera. Ciertamente el orador no habla como la Pitonisa con sonidos inarticulados y confusos, arrancados en medio de las convulsiones y del dolor: mas como se remonta á tan elevadas regiones, suele parodiar la fábula de Icaro; el fuego lo abrasa y lo lanza á los mares de la eternidad. La llama que lo anima, tambien lo devora y lo consume."

(1) López.

La fiebre ó el cadalso dan, casi siempre, cuenta de su vida brillante y bulliciosa.

Pero es bello morir por la causa del pueblo, como es bello morir en el campo de batalla peleando por las patrias libertades.

Aun en la esclavitud canta el poeta inmortales e'gías, pero la elocuencia no vive sino aspirando el aire de la libertad.

Bajo las tiranías, es ave enjaulada que se hace pedazos contra los barrotes de la jaula, para morir en seguida.

Necesita, para vivir, ser libre y espaciarse en la atmósfera arrebatadora de las expansiones populares.

Es la que inicia el combate en todas las gloriosas restauraciones, predicando las santas cruzadas; y es la última en rendirse cuando el despotismo triunfa.

En las ominosas tiranías, á cada estallido de las aspiraciones populares, surge un orador.

Así surjieron: en Grecia Demóstenes, Ciceron en Roma, Cronwel en Inglaterra, en Francia Mirabeau.

La música, la poesía y la elocuencia, unidas, son capaces de conmover un mundo.

Basadas en el sentimiento, que es el que arrastra á los pueblos, son tres montañas cuyas cimas de luz se pierden en las nubes.

Allí no llegan sino los que saben sentir, soñar y ser libres.

¡Dichosos de nosotros que aún gozamos, en actos semejantes, de los placeres inefables y de los efluvios luminosos de esas tres deidades!

¡Y de los pueblos donde la música no seduce, la poesía no cautiva y la elocuencia no vibra!

Amo á mi patria con idolatría, á veces con lágrimas en los ojos, con angustias en el alma, con llamaradas de indignacion; y la amo por su suelo, por su aire, por su luz, por sus glorias, por sus desgracias, porque es bella, por es *chica!*...

Pues bien, para mi patria deseo momentos como éste.

Aun cuando el cierzo helado la azote sin piedad, aquí siempre se respira el aire puro de la idea, aquí el patriotismo encuentra siempre una chispa de ternura y de entusiasmo que caliente el hogar de la desgracia.

Y si esa patria que amo, que amamos todos, fuera manoseada por miserables mandones, ultrajada por el crimen, sojuzgada por la infamia....Oradores! guías de los pueblos que gimen en la esclavitud! tocad con la vara mágica de vuestra palabra la roca de la indiferencia, para que brote el agua que ha de apagar la sed del patriotismo; despeñad vuestra palabra como torrente de fuego en los corazones helados; desgarrad las nubes que impiden ver el azul del cielo; sacudid la cabeza, como Júpiter, y tiemblen los tiranos en el Olimpo de sus bayonetas!

¿La patria es manoseada por impúdicos mandones?.... Poetas! Tirteos de mi patria! buscad la fibra más robusta de vuestro corazón entusiasta, y hacedla vibrar en cantos incendiarios; inflamad nuestros pechos; henchidnos de odio contra la tiranía; haced flamear la bandera de combate en el camino que conduce á la redención de la patria!

¿El crimen y la infamia la escarnecen?....Músicos! como Timoteo en el alma de Alejandro, despertad en la nuestra la cólera terrible del patriotismo herido; como Carril, en un pasaje del Ossian, "aplica á sus labios la trompa guerrera, entona el himno bélico é infiltra su alma en el alma de los héroes",—entonad el bélico himno de los pueblos libres, haced de la música la compañera del valor, infiltradnos el alma de los héroes!

Músicos! poetas! oradores!.... si la patria que amamos con ciega idolatría, á veces con lágrimas en los ojos, con angustias en el alma, "con suspiros que arden", viese en sus almenas flamear la negra bandera del depotismo: tocad, cantad, hablad! con ardiente entusiasmo, con entonacion soberbia, con relámpagos de luz, con ruidos de cólera, como furioso torrente, como mar embravecida, como rujiente tempestad!

Que suenen vuestras mágicas voces como la trompeta de Jericó, para que salten en pedazos los muros de la tiranía!

He dicho.

Confesion

POR DON JACINTO ALBÍSTUR

Quiero confesarme á tí,
 ¡Oh público amado y bueno!
 De un pecado que me causa
 Terribles remordimientos.
 Pecado dije, no crimen;
 Yo á ningun prójimo he muerto,
 Ni para hacer mi negocio
 He escalado ministerios:
 Ni jamas liquidaciones
 He comprado yo á vil precio
 Para cobrarlas despues
 Á la par, en buenos pesos.
 Y con todo, amado público,
 Humildemente confieso
 Que he prestado mi concurso
 Conscientemente, sabiéndolo,
 Para despojar al prójimo
 En repetidos saqueos.
 Circunstancia atenuante:
 Yo no reporté provecho
 De esos pérfidos ataques
 Contra los bolsillos vuestros.
 Pero entremos ya en materia:
 Oídme, por Dios, atentos.
 ¿No habéis dicho muchas veces,
 Ó habéis pensado á lo ménos,
 Cuando os envían un palco,
 En términos lisongeros,
 Invocando arteramente
 Vuestros nobles sentimientos,

Para socorrer á un pobre,
 Para pensionar un genio,
 Para auxiliar un Asilo,
 O para fundar un templo,
 Que es abuso intolerable
 Venir á cada momento
 Á meter así la mano
 En los bolsillos ajenos?
 Bien lo saben los que explotan
 Esos medios indirectos
 De apoderarse á mansalva
 De lo que otros adquirieron.
 Por eso al urdir la trama
 Buscan un cuerpo intermedio
 Que les sirva de auxiliar
 En sus planes maquiavélicos.
 Pues yo, débil, me he prestado
 Para servir de instrumento
 Á esas torpes asechanzas.
 ¡Pecador de mí! yo he puesto
 Mi nombre en todas sus letras
 Al pié de los documentos
 En que se pedía el teatro,
 Y el gas, y los candeleros,
 Y el concurso de cantantes
 De mayor ó menor mérito.
 Yo he firmado las esquelas
 Pidiendo vuestro dinero,
 Sabiendo que estaban todos
 Pobres en Montevideo.
 Y he reincidido en mi culpa:
 Y aunque ahora me arrepiento,
 ¡Pasmáos! no estoy seguro
 De no reincidir de nuevo.
 Tal es mi fragilidad,
 ¡Oh público amado y bueno!
 Cuando un amigo, invocando
 Generosos sentimientos,
 Solicita mi concurso
 Para piadosos objetos.

Ya oistéis mi confesion:
 Vuestro fallo, humilde espero.
 Si me condenáis, decidlo,
 Ó más bien, guardad silencio;
 Que el silencio en ciertos casos
 Es leccion que dan los pueblos.

El Ideal

POR DON JOSÉ G. BUSTO

I

Arriba, humanidad! Las negras sombras
Desaparecen ya; sonó la hora!
Irradian en la cumbre gigantesca
Los resplandores de la eterna aurora!

Abrid las puertas á la buena nueva,
Esclavos del palacio y la cabaña!
¿Quereis ser hombres y quereis ser libres?
¡Fuera temor! Subid á la montaña!

Corazones que amais en el silencio
Y en el mar de la vida no hallais nada,
Allí está la mujer de vuestros sueños,
Brotando de la espuma nacarada.

Sabios ilustres que doblais la frente
Al peso abrumador del pensamiento,
Levantadla y mirad! allí se alcanza
La verdad y la gloria en un momento.

Héroes de la batalla y de la muerte
Que trastornais la humanidad entera,
Allí está el enemigo! Allí está el triunfo!
Clavad en el peñon vuestra bandera!

A la cumbre! Volad á conquistarla
Que ya para abrazaros se atavía

Y, gentil desposada de los sueños,
Su tocado nupcial encarga al día.

Arriba, humanidad! Bandera al viento!
Recoje los girones de tu manto!
Arranca de tu frente las espinas!
Trégua á la vida ingrata! Trégua al llanto!

Hijos del génio que en gigante idea
Arranca el mundo al mar y el fuego al cielo,
Esa cumbre inmortal os pertenece;
¿Como el cóndor volais?... ¡Tended el vuelo!

¿No la veis? ¿La buscáis en el desierto?...
¿Cruzais las playas de la mar en calma?
¡A la cumbre volad! No es ese el rumbo!
¿Que no la hallais, decís?... ¡Mirad al alma!

II

¡Mirad al alma! Virgen sin mancha,
Abre á la luz sus ojos la ilusion;
Su primera sonrisa es un ensueño
Y su primera frase una oracion.

Allí el aire está lleno de armonías,
De risueño fulgor el cielo azul,
Y en luceros los sueños transformados
Agitan al pasar su blanco tul.

Nada hay formado en ella; vagas sombras
Se mueven en fantástica vision,
Anunciando que reina en las alturas,
Coronada de rayos, la ilusion.

¿Quién no siente en la aurora de la vida
Esa vaga impresion del ideal
Que en la noche fatal de la conciencia,
Cuerpo á cuerpo combate con el mal?

¿Quién no ha amado esa imágen vaporosa
Que respira en las flores del vergel,
Que solloza en el viento de la noche
Y se mece en las velas del bagel?

Es la nube que flota en el espacio,
El iris de la horrible tempestad,
El himno magestuoso de las almas
Cruzando la desierta inmensidad.

Cuando entona sus cantos el poeta
Y exhala el cisne su postrer adios,
En las pálidas alas de la tarde
Se eleva eterno á la mansion de Dios.

Y cuando halla una madre en su regazo
Un ángel y una cuna al despertar,
En las alas purpúreas de la aurora
Baja risueño al encantado hogar.

Los céfiros lo arrullan en el bosque,
Las olas lo columpian en el mar,
Las hadas lo adormecen en la noche
Y lo despierta Dios en el altar!

Alfombran su camino las estrellas,
Se corona con flores del Eden,
Y en su frente de arcángel destronado
Los surcos del relámpago se ven.

Es tierno como el alma de una vírgen,
Suave como el perfume de su azahar,
Grande como las santas oraciones
Que brotan de su líbio al despertar.

El nido que calienta la enramada;
La noche que da voz al ruiñeñor;
La bandera sagrada de la pátria
Flameando en la batalla del honor;

La luz del sol; la libertad soñada
Alzándose inmortal sobre el pavós;
Cristo en la cruz, Humboldt en la montaña
Y el mundo de rodillas á sus piés;

El tierno beso de la pobre madre
Que mira al hijo de su amor partir;
La conciencia que vela entre las sombras;
La sonrisa del héroe al sucumbir;

La ciencia y Dios; la ráuda catarata;
La esperanza y su cielo soñador;
El viento, en los balcones de Julieta,
Balanceando la escala del amor;

Todo lo que en el mundo se agiganta,
Todo cuanto edifica la ilusion,
Todo cuanto de grande se delira,
Génio, virtud, belleza, corazon.....

Son columnas del templo misterioso
Que se eleva en la cumbre colosal,
La cumbre de los sueños inmortales
Donde brilla la luz del ideal!

III

Arriba, humanidad! La noche viene,
En girones de luz se rompe el dia;
Abre tu corazon á la esperanza
Y reclama á tu espíritu por guia.

La cumbre, vencedora de la tarde,
Alzando su penacho de granate,
Parece el yelmo de un titan guerrero
Que reta al mundo á sin igual combate.

Corre á humillar su frente victoriosa;
Lo quiere Dios! en marcha, peregrino!

No te abatan las rudas tempestades
Ni te postre el cansancio del camino!

Y si llega á flaquear tu valentía
Al avanzar por la escarpada senda,
Renueva fuerzas en la tierra-madre
Como el titán de la inmortal leyenda.

Mas ¡ay! no puedes — Misero soldado
Herido en la mitad de la jornada,
Cayendo y levantando á cada trecho,
Ruedas sobre la tierra ensangrentada.

¿No eres hijo del génio? En tu cerebro
¿No hay fuerza ya para mover el mundo,
O has sembrado el fulgor de tus ideas
En los abismos del dolor profundo?

Descansa en paz, oscuro peregrino,
Nadie en el mundo buscará tu huella,
¿Qué importa á Dios que en el espacio inmenso
Pierda su rumbo la dormida estrella?

Otros vendrán á recojer del suelo
El santo pabellon de tu cruzada,
Mas caerán como tú sobre su escudo
Para hundirse en el polvo de la nada.

Y así la pobre humanidad errante
Va hácia la cumbre sin cesar marchando,
Unas veces serena, otras caida,
Siempre con sangre su dolor regando!

No tocará la flor de sus ensueños
Ni clavará en la cima su bandera —
¡Siempre las sombras de la eterna noche
Cruzándose en mitad de su carrera!

Mas ¿qué importa? Los vientos del progreso

La impelen con más fuerza á las alturas,
Y el genio misterioso que la alienta
Desprende sus flotantes vestiduras.

Canta Homero y los ciegos ven el día,
Los rayos encadena Prometeo,
Hiende Fulton la espuma de los mares
Y hace andar á la tierra Galileo.

¡Dios! en el circo infame esclama el mártir
Y ¡Patria! en el cadalso el girondino;
Washington cruza el Delawar, valiente,
Y á Bolívar encuentra en su camino.

Al yunque del trabajo une sus ecos
La tribuna inmortal del Ateneo,
Y vuela la fugaz locomotora
Con las alas potentes del deseo.

Arriba, humanidad! La noche llega,
A Dios y al hombre en las alturas, gloria,
Y resuene en la lira del espacio
El hosanna inmortal de la victoria!

IV

Sobre los campos de la noche oscura
Sus tiendas levantó la tempestad,
Y sin rumbo y sin luz, en la montaña
Se extravió la cansada humanidad.

Yo también en la inmensa caravana
Por llegar á la cumbre me alisté
Y al romperse los rayos en la esfera,
Solo y triste, en la selva me encontré.

Rasgadas las cortinas de las nubes
Y rotas las barreras del turbion,
Las lluvias desgajaron sus torrentes
Y el trueno desató su maldición.

Y yo, perdido en la floresta oscura,
 Buscaba en vano mi soñado eden,
 Cuando un grito terrible de agonía
 Llegó hasta mí, del viento en el vaivén.

No era el suave estertor del moribundo
 Que muere en paz en su tranquilo hogar;
 Era el grito del náufrago, insensato,
 Más ronco que las olas de la mar.

Corrí hacia el sitio donde había sonado
 Y mi alma en las tinieblas se perdió;
 "¡Luz!" grité con angustia inexplicable
 Y su espada el relámpago blandió.

¡Que cuadro aquel! por la pendiente aguda,
 Sobre un lecho de duro pedernal,
 Ráudo torrente de color de sangre
 Desgajaba con furia su caudal.

Chocaban en el aire las espumas
 Y silbaban las olas al caer;
 Una roca se alzaba á flor de agua
 Y en ella estaba asida una mujer.

Pálida, con el frío de la muerte
 Pintado ya sobre la yerta faz,
 Ojos sin brillo, lábios sin aliento,
 Frente surcada de dolor procaz;

Adherida á la roca del naufragio
 Como el mártir del Gólgota á su cruz,
 Aun conservaba la mujer aquella
 Vagos fulgores de la eterna luz!

"¿Quién eres?" exclamé, de anhelo loco,
 Saltándome del pecho el corazón;
 Y ella, casi sin voz, como una madre....
 "¿No me ves?" contestó con aflicción.

"¡Pátria!" grité, tendiéndole los brazos
 En el delirio del ardiente amor;
 "¡Pátria!" volví á decir con estrañeza
 Y "¡Pátria!" repetí con hondo horror.

"¿Como flotas sin vida en el torrente
 "Cuando espera tus besos el hogar?
 "¡Hija de Dios! ¿Quién te arrancó del cielo
 "Para arrojarte al negro muladar?"

"¡Ay!" exclamó — "También en la mañana
 "Hacia la cumbre, intrépida marché,
 "Y reclinada en mis valientes hijos
 "Cien veces mi cabeza coroné.

"Dulces recuerdos de la santa aurora,
 "Venid á consolar mi esclavitud,
 "Dejad que lllore al menos en la noche
 "Las horas de mi muerta juventud.

"En la paz, en el triunfo, en la derrota,
 "Génio, lauros y sangre derramé;
 "Con fé en el porvenir, siempre serena,
 "La tricolor bandera enarbolé.

"¡Pobre de mí! Mis hijos me olvidaron
 "Para lanzarse á fratricida lid;
 "Y muerta de dolor, entre sus filas
 "Rompí mis armas y les dije: "¡Herid!"

"Y en su ciega pasión, locos de rabia,
 "Los bárbaros me hirieron sin piedad—
 "¡Malditos los que matan á su madre
 "Al precio de su santa libertad!

"Pronto doblaron la cerviz al yugo,
 "Sucumbiendo sin fuerza y sin valor,
 "Y buitres y tiranos disputaron
 "La herencia que dejara su rencor.

" Brindaron con mi sangre en mil orgías
 " Y yo la mesa fuí de su festin;
 " Jugaron á los dados mis girones
 " Y en mí saciaron su venganza ruin!

" ¡ Cuanto baldon! Para colmar la afrenta,
 " Puso un caballo sobre mí su pié;
 " Y sin fuerza, sin luz, sin esperanza....
 " En el torrente ¡ misera! rodé. "

Calló la patria. De vergüenza lleno,
 La voz en mi garganta se anudó
 Y al peso abrumador de los recuerdos
 El llanto mis mejillas abrasó.

" ¡ Madre! " le dije al fin, — " mucho has sufrido
 " Pero aun queda un albor ¡ ponte de pié! " —
 " No puedo " contestó la desgraciada
 Con ronca voz — " ¿ No puedes? Y por qué?

" Alza la frente donde anida el rayo
 " Y arranca de su sueño al huracan;
 " Acuérdate que siempre los tiranos
 " Duermen sobre la lava del volcan.

" Y si hay Cónsul que en torpe servilismo
 " Se atreve á profanar tu pabellon;
 " Y lo entrega al caballo de Calígula....
 " ¡ Hunde en el polvo al Cónsul y al bridon!

" ¡ Imposible! " exclamó, " no tengo fuerzas;
 " Ya el abismo me mira con piedad, ' —
 " ¡ Qué! " grité, " y en tu pecho no son nada
 " El derecho, el honor, la libertad? "

" Ah! Tu no eres mi patria, estás mintiendo....
 " Maldita!.... pero no, no hay maldicion!
 " ¡ Un hijo no reniega de su madre!
 " Me enloquece el dolor. ¡ Patria! perdon!

Siguió una páusa, de sollozos llena.
 " ¿ Y tus hijos? " — " El viento los llevó " .—
 " ¡ No puede ser! Y aunque ellos te abandonen,
 " ¡ Patria infeliz! no te abandono yo " .

Y por salvarla del atroz martirio
 Al torrente implacable me arrojé;
 Pero ¡ en vano! Las olas me estrellaron
 Y sin vida en el borde me encontré.

Envuelto por las nieblas del desmayo,
 Rota la fe, prensado el corazon,
 Yo ví hundirse á la patria de mis sueños
 En las negras rompientes del turbion.

Perdió la roca, su última esperanza,
 Y " ¡ adios! " aún murmuró con tierno afan,
 Despues... bajó rodando en los peñascos....
 ¡ Y guardó su secreto el huracan!

¡ Quiera Dios que los viles asesinos
 Que en su pecho clavaron el puñal,
 Sin hogar, sin amores y sin pátria
 Rueden en el infame lodazal!

V

¿ Fué sueño ó realidad? No sé decirlo,
 Pero en las ansias del mortal desmayo
 Yo ví de pronto iluminarse el cielo
 Y en el yunque del sol fundirse el rayo.

Brillantes nebulosas, desprendidas
 Flotaron en la atmósfera serena
 Como carros de triunfo conducidos
 Por ninfas coronadas de verbena.

A su frente marchaba, blanca y pura
 Como la fresca luz de la mañana,

Una mujer de celestial semblante.
¡Nunca soñó otra igual la mente humana!

Suelto el cabello en la torneada espalda,
Fija en el cielo la mirada altiva,
El corazón la saludaba, diosa,
Y el ángel la buscaba, fugitiva.

Tibio rayo de luna se ocultaba
En su velo, plateado de destellos;
Eran sus labios cuna de sonrisas
Y un sueño jugueteaba en sus cabellos.

Coronaban su frente, entrelazados,
Rayos de aurora y pálidos azahares,
Y al verla aparecer en el Oriente
Se escondieron los otros luminares.

“ ¡Vision del ideal! Fúlgida estrella
“ De lo alto de la cumbre desprendida!
“ Cuántas jóvenes horas, por hallarte,
“ Deshojé en la montaña de la vida!

“ Cuántas noches sin luz robó al descanso
“ Para evocarte, el pensamiento mío!
“ Cuántas auroras, con horrible engaño
“ Estreché entre mis brazos el vacío!

“ ¡Oh casta Beatriz de mis ensueños!
“ Para tu amor no hay ánimo indeciso;
“ ¿Quién no quiere que aromen su sendero
“ Las flores del vergel del Paraíso?

Llegó hasta mí la soñadora musa,
Clavó en mis ojos su mirada ardiente,
Vagó en sus labios celestial sonrisa
Y un ósculo dejó sobre mi frente.

“ ¡Ven!” me dijo, “ á la cumbre gigantesca
“ Donde moran los seres escogidos. “

Batió las alas y en sus tiernos brazos
Volé con ella á los celestes nidos.

Llegué por fin; pero quedé en la cumbre
Ciego de luz y de estrañeza fijo,
Hasta que la vision, para calmarme:
“ Mira hacia abajo “ trémula me dijo.

¡Que horrible abismo! De sus negras fáuces
Se escapaban furiosas llamaradas
Y el huracán llevaba hasta nosotros
El grito de las almas condenadas.

En su seno los tronos, derrumbados
Y los falsos altares se veían;
Satanás atizaba la discordia
Y con rábida los réprobos se hundían.

Los tiranos, sin pátria y sin hogares,
Arrojados por fin de las alturas,
¡Gusanos miserables! devoraban
Los cráneos de las yertas sepulturas.

Y sus viles sicarios, los que alientan
Odio, debilidad ó cobardía,
Esclavos de su suerte inexorable
Les ganaban el pan de cada día.

Cerré los ojos de amargura lleno
Y cuando mústia doblegué la frente,
La vision adorada de mis sueños:
“ Mira hácia arriba “ dijo de repente.

Oh gloria! Sobre el marco de los cielos,
Entre rayos de espléndida hermosura,
Se alzaba el cuadro del eterno día
Que Dios pintó sobre la noche oscura!

En el carro del sol, grande, sereno,
Justo, perfecto, bondadoso y pío,

Su voz dictaba las eternas leyes
Y lanzaba los mundos al vacío.

En derredor, los pueblos soberanos
Redimidos por fin de sus cadenas,
Arrojaban al polvo del olvido
El fardo ensangrentado de sus penas.

Y entre sus himnos, fervido se alzaba
El himno santo de la patria mia,
Salvada del abismo tenebroso
Donde la hundi6 la infame tiranía.

Vagaban entre nubes de arreboles
El bien triunfante, la virtud bendita,
Y enlazados, sus culpas olvidaban
Paolo y Francesca, Fáusto y Margarita.

Ante aquel cuadro de sublime encanto
Rompí el silencio de mi triste calma;
Poniéndome de pié tendí los brazos
Y á voces exclamé con toda el alma:

“ ¡ Vision del ideal! Bendita seas!
“ ¡ Bendito el mundo que alumbró tu rayo!”
Y al esfuerzo gigante que me impuse
Sonriente desperté de mi desmayo.

¡ No era ilusion! La noche habia pasado,
Tambien la tempestad asoladora,
Y en la cumbre sus faros encendian
Los horizontes de la eterna aurora!

Montevideo, 5 de Setiembre de 1881.

Polvo y luz

POR DON RAMON DE SANTIAGO

Aun temblando, los ecos del vacío
La voz de un creador repercutian;
Aun los astros at6nitos sentian
De un ignoto y eterno poderio,
El impulso primero que lanz6los
Con leyes y armonía
Del infinito en la infinita via.

Aun impelida por el *fiat* potente,
La luz en dulces ondas se espaciaba;
Con hermosos cambiantes esmaltaba
Las tormentosas brumas del Oriente,
Y de la vírgen tierra adormecida
Vertia en la ancha falda
Sus mares de carmin y de esmeralda.

Aun con notas gigantes la natura
El silencio del caos estremecia,
Cuando una voz de espanto, voz impia,
Triste espresion de bárbara amargura,
Del influjo del mal seguro signo,
El primer ¡ ay! de pena
Rompíó aquel himno que el espacio llena.

¿ Quién ese grito de dolor profundo
Con la aurora mezcló del universo?
¿ Algun génio fatal de Dios adverso
Su mano estiende sobre el bello mundo?
¡ Ay! ¿ volverá la creacion entera,
Rodando aniquilada,
A la tremenda noche de la nada?

No, no temais, lumbreras de los cielos,
Seguid vuestro grandioso movimiento,
Mares, rodad en vuestro firme asiento,
Aves, abrid vuestros valientes vuelos,
Flores, llenad el aromado cáliz,
Que ese grito angustiado,
Por un mísero polvo fué lanzado.

Era la humanidad surgiendo ansiosa,
Cual gusano, del barro desprendida,
Ante la creación absorta, herida
Ante su misma pequeñez, llorosa
Ante el fallo fatal que la condena
A llevar permanente
La estigma del dolor sobre su frente.

¡Débil humanidad! Sér destructible,
De la tierra que pisas levantada,
Y á la tierra que pisas destinada;
Hálito de existencia imperceptible
En el grandioso Oceano de la vida,
¿Quién sentirá tu acento
Si al exhalarlo lo deshace el viento?

Fuerza de insecto que se pierdo ignota
Entre la gran mecánica del orbe,
Polvo de niebla que el turbion absorbe,
Hoja perdida que el torrente azota,
¿Qué harás, si te combaten y destruyen
El aire que te alienta
Y la misma calor que te alimenta?

¿Qué harás sinó morir, pobre gusano,
Sin un guía que sabio te encamine,
Sin un genio divino que fulmine
Del porvenir el aterrante arcano,
Que cierre los abismos á tu paso,
Y encienda en lontananza
El faro animador de la esperanza?

¡Morir la humanidad! ¡pobre demencia!
¡Morir esa criatura misteriosa,
Esa última creacion en que se goza
Del grande artista la infinita ciencia!
Surgió para la lucha y la victoria,
Y entre espinas y llanto,
Irá á su fin y á su designio santo.

Polvo es su cuerpo que el dolor destruye,
Aire la vida que su sangre alienta;
Mas dentro de ese vaso, que alimenta
Gérmen de corrupcion, se agita y fluye
Un algo incomprensible que domina,
Crea, ennoblece, hechiza,
Un algo casi Dios que se eterniza.

Ese verbo, esa luz, ese portento,
Esa alma del alma, esa tendencia
A la deificacion de su existencia,
Es el audaz y altivo pensamiento.
Por él el polvo brillará lumbrera;
Por él el vil gusano
Se alzará de la tierra soberano.

Por él, de siglos la constante lucha
Contra el rigor de la natura emprende;
Conquista el fuego que en su cueva enciende;
Do sólo del leon la voz se escucha,
Penetra osado, su alimento encuentra,
Y con valor de fiera
Lo disputa al jaguar y á la pantera.

Su misma piel al formidable oso
En lidia arranca bárbara, atrevida,
Detiene el ciervo en su veloz huida,
El ave en su volar vertiginoso,
Convierte el potro en instrumento dócil,
Y á los soberbios mares
Arrebata sus peces á millares.

Por él la humanidad, ántes mendiga,
De la savia terrestre se apodera,
Aumenta su virtud, ó la modera,
El alimento á producir la obliga,
Y los campos que sólo se vestían
De espinas y maleza,
En emporios convierte de riqueza.

Transforma bosques, selvas y desiertos
En naciones y villas poderosas;
Edenes hace do el placer rebosa,
De páramos inútiles y muertos;
Y las mismas bellezas de natura
Corrige y hermosea
Con las flores divinas de la idea.

Por él, bramando el mar bajo su planta,
Sobre las mismas olas sublevadas
Lleva sus naves débiles y osadas
Que ni la negra tempestad espanta;
Y hasta al escollo que al abismo atrae
Obliga dominante
A ser el guiador del navegante.

A su mandar se rasga misteriosa
La granítica entraña de la tierra,
Y los veneros que su seno encierra,
Tesoro inmenso que guardó celosa,
Como humilde vasalla los ofrece,
Y en raudal refulgente
Ante sus piés arroja reverente.

Por él, inmortalizan el pasado
Sus trovadores, bardos y profetas;
Sus músicos divinos y poetas,
Ecos de la espresion de lo creado,
Interpretando fieles de natura
La magna poesía,
La traducen en versos y armonía.

Al sublime querer de sus pintores,
En bellos mundos se transforma el lienzo;
De la humilde paleta surge inmenso
Raudal de luz, de sombra, de colores;
Bajo el buril tenaz del estatuario
Que inspiracion evoca,
Vida refleja la rebelde roca.

¿Aún quieres más, humanidad triunfante?
¿Tienes del mundo la imperial corona,
Y nueva lid tu espíritu ambiciona?
Sí, me respondes, sí, voy adelante:
Para esta luz que en mi cerebro ardiendo,
Convulsiona mi pecho,
La tierra es poco y el espacio estrecho.

¡Cuán grande entónces la contemplo armada
Con el lábaro augusto de la ciencia,
Fuerzas sacando de su misma esencia,
Esa lucha emprender, tenaz, osada,
Contra la inmensidad de lo ignorado,
Disputando al misterio
La posesion de su terrible imperio!

Ya las leyes descubre del planeta,
Ya sorprende del sol el hondo arcano;
De las estrellas el fulgente oceano
Altiva surca; del fugaz cometa
La huella sigue, y se detiene sólo
Cuando su planta posa
Ante nueva creacion, la nebulosa.

Tiempo y distancias á su antojo mide;
Del sonido calcula el movimiento;
La marcha sabe del voluble viento;
Nueva belleza y esplendor despide
La luz entre sus manos apresada,
Y analiza y descubre
Todo el secreto que su rayo encubre.

De ese vapor que ciérnese liviano
 En el aire sutil, y que vulnera
 El ala de un insecto, se apodera,
 En su agente mas grande, sobrehumano,
 En su fuerza ciclópea lo convierte,
 Y por do quier lo envia
 Llevando luz, progreso y alegría.

A su marcha triunfal en el combate,
 ¿Quién es capaz de levantar barrera,
 Si ya disputa al águila altanera
 La region de las nubes, si ya abate
 Las iras del nublado, é imperiosa
 Sus voluntades sella
 En la misma cerviz de la centella?

Impenetrable muro se oponia
 Al natural poder de sus sentidos;
 ¿Vida, creaciones, fuerzas y sonidos
 Allí cesaban do su sombra erguía?
 No lo creais; valiente derrumbólo
 Y con gozo indecible
 El universo halló de lo invisible.

Abierto ya ese libro portentoso
 Donde leerá de la creacion la historia,
 ¿Quién medirá su venidera gloria?
 Miradla: ¡cuán feliz en su alborozo!
 Mil secretos encuentra, mil estudia,
 Ya escarpela atrevida
 Las misteriosas fuentes de la vida.

¿Aún quieres mas, humanidad triunfante?
 Con soplo creador, maravilloso
 El faro de la ciencia portentoso
 Has encendido y brilla rutilante;
 ¿Qué falta á la corona de tus glorias?
 ¿Qué nueva lid te llama,
 Y en ansia de luchar tu seno inflama?

Oigo la voz profética, elocuente,
 De tus sabios y mártires y obreros,
 Que en los siglos anuncia venideros
 Luminoso laurel para tu frente.

Espectros que asomais vuestras cabezas
 En los negros abismos del pasado,
 En vano lucharéis; vuestros furores,
 Vuestras torpes bajezas,
 De las pasiones viles los horrores
 No podrán estorbar que el pensamiento,
 Brillantísima luz del polvo humano,
 Alcance en su heroismo
 La victoria final contra sí mismo.

En la cumbre ⁽¹⁾

POR EL DOCTOR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

PRIMERA PARTE

TUMULO

I

Por la enhiesta cerviz de la montaña
Que el valle, la llanura, el mar domina,
Y ciñe negra nube
Como enlutado signo de un desastre,
Arrostrando la escarcha, el frío, la saña
De la tormenta, temerario sube
Un anciano que rápido camina.

Mas que los años, el dolor ha impreso
Prematuras arrugas en su frente;
Pero del vicio inmundo no fué el beso
Quien dejó su cabeza encanecida;

(1) Leído en el Certámen celebrado en el teatro San Felipe la noche del 5 de Setiembre en conmemoración del aniversario del Ateneo del Uruguay— Escrita esta composición para la fiesta artístico-literaria que tuvo lugar en Paysandú en el mes de Febrero ó Mayo de 1880, no pudo leerse allí á pesar de figurar en el programa de la función, por haberse extraviado á última hora el manuscrito. Esperaba entonces, y aun espero, días mejores, que me den digno tema para escribir la segunda parte titulada: *Resurrección*. Cúmpleme advertir que habiéndoseme devuelto hace poco trancos los originales enviados á Paysandú, he tenido que rehacer la composición,

Sino grandes pasiones, ideales
Ensueños, que en batallas colosales,
Absorbieron la sávia de su vida.

¿Por qué acelera el paso,
Cuando de su existencia infortunada
El astro corre á hundirse en el ocaso?
Ya del mundo cobarde nada espera.

En nota lastimera
La flor de sus valientes ha caído:
Ha visto su bandera
Arrastrada en girones por el suelo,
Y solo y perseguido
Refugio busca en la region del hielo.

Mas la nieve no apaga
El fuego que en sus venas
Arde como la lava comprimida,
Que sin hallar salida,
Estallando revienta sus cadenas.

Al pié de una quebrada,
Ve á la chusma servil de mercenarios
Tregar por el collado
Cual de hienas famélica mesnada,
Y aquel fiero leon acorralado
Exhala de su pecho hondo rugido....

El Andes conmovido,
Para ocultar su huella á los sicarios,
Estiende como velos funerarios
Las flotantes cortinas de sus nieblas;
Y en la nevada sien de la montaña
La oscuridad redobla sus tinieblas.

II

A trechos el anciano se detiene...

El campo de batalla triste mira...
 Con ánsia indescriptible el aire aspira...
 Tiéntase con las manos el vestido,
 Y observa con dolor que armas no tiene!

Quiere hacerse matar aquel valiente
 Y no vé que está herido
 Acaso mortalmente!

III

Ya toca el ardua cima con sus brazos...
 Reconcentra sus fuerzas un momento;
 Afirma en ella el pié que sangre brota,
 Y el alma y corazón hechos pedazos,
 Por su mejilla rueda
 La última de dolor suprema gota,
 Por sus muertos hermanos que quisieron
 Antes morir que doblegarse al yugo;
 Maldice á su verdugo,
 Y dando un ¡ay! al viento,
 Interroga sombrío al firmamento.

¿Vil rebaño de viles condenados
 Al cuchillo, al oprobio, á la coyunda,
 Son títeres los hombres
 Que hace mover el genio del abismo,
 Al azar y al dolor abandonados?...

¿Do está tu Providencia,
 Recto Juez infalible,
 Tu paternal clemencia?...
 Mi razón se confunde!
 Este mundo, Señor, ¿es patrimonio
 Tan solo de malvados,
 Del crimen, la denuncia, el idiotismo,
 Sangrienta burla, trampa en que se hunde
 La virtud, el honor, el patriotismo?

Ah! miéntras alzan formidable valla
 Los que para oprimir están unidos,
 Y los cerca y defiende una muralla
 De bayonetas.... Ay! desnudo el pecho,
 Se presentan los buenos divididos,
 Olvidando á la vez en su despecho
 Y generosa, mas fatal ceguera,
 Que en el combate á muerte con la fiera
 Guarecida detras de los cañones,
 La fuerza organizada no se vence,
 Sino aunando la idea sus legiones
 En un centro, una voz, una bandera!

Así solo triunfó Montevideo.

IV

Al evocar la homérica leyenda
 Que el pueblo de Pacheco simboliza;
 En las nubes del cárdeno horizonte,
 Que en ráfagas de luz relampaguea,
 Fantástico miraje,
 Ilusion encantada del deseo,
 Guardada por un monte
 Una ciudad hermosa se retrata,
 Vestida con marcial, bélico arreo,
 Heróica y grande cuando Dios queria!
 Amazona sin par en bizarría,
 Orgullo de las márgenes del Plata,
 Eterna gloria de la patria mia!

A la estraña emocion que su alma agita,
 Sarcástica sonrisa plega el labio
 Del viejo entristecido que medita.

—Visto desde la altura
 El mundano hormiguero cuán pequeño
 Parece! . . . cuán frágiles y vanos

El Poder, la Riqueza, la Hermosura,
 La efímera Ventura,
 Los triunfos del Orgullo y de la Gloria,
 Fugitivas imágenes de un sueño,
 Que adormece un instante á los humanos!

.....
 Llena de admiracion y agradecida
 Siempre y doquier la humanidad ha alzado,
 Tal vez en su homenaje algo tardía,
 Mas justificara al fin, un monumento
 Al gran hombre de Estado,
 Que en holocausto le rindió su vida;
 Pero el poder no vale
 Por sí sólo, el tormento
 Que la ciega ambicion guarda en castigo.
 No vale, no, no vale,

La hiel que brinda al malo como al justo;
 La continúa asechancia, la sospecha
 Que en el alma se clava como flecha,
 Y do entra una vez ya nunca sale;
 El zumbador enjambre
 De insoportables tábanos,
 Mezclado al ronco aullido
 De la procaz jauría despreciable
 Que ladra, muerde y torpe se desmanda,
 Y en el fango se anega
 Por el salario vil de la deshonra,
 Sin causa honesta ni pasion que ciega;
 Con el vencido mísero. . . . implacable,
 Y proterva y servil con el que manda!
 La baba de la envidia repelente,
 Que en el odio salvaje que la anima,
 Ruge si os ve en el polvo,
 Rabia si os ve en la cima;
 De la infame calumnia la insolencia;
 El ultraje sangriento;
 La ira reconcentrada que palpita
 En el pecho ulcerado. . . . la impotencia

Del Poder. . . . y quizá en hora maldita
 De vértigo y locura
 En que á Dios el gusano desafía,
 Quizá el crimen, quizá el remordimiento,
 Que torvos le acompañan noche y día!

*Atrás, larvas, fantasmas, tentadora
 Legion que hacia el abismo nos empuja,
 Morada del precito;
 Engendros de la noche y de la fiebre,
 Placeres, vanidad, dicha mentida,
 Vosotros no apagais del infinito
 La inestinguible sed que nos devora,
 Cuando en el turbio espejo de la vida
 La sombra de la muerte se dibuja!*

V

Dice el anciano, y con mortal tristeza,
 Tal vez de alguna culpa en desagravio,
 Esconde entre las manos la cabeza . . .
 Altivo la alza luego,
 Y en fervoroso ruego
 En un himno al Creador rompe su labio.
 —Faro inmóvil que plácido destellas
 Mas allá de los orbes siderales,
 Y en densas nebulosas las estrellas
 Vas lanzando en ardientes espirales,
 Como escala de fuego en el espacio
 Para subir al inmortal palacio;
 Tú que eres, serás y has sido siempre
 Luz, camino, verdad, amor, justicia,
 Eterno resplandor de cuanto bello
 Y grande el hombre aclama,
 Y con pasion frenética acaricia;
 Cuando el mal victorioso,
 Como robusto gladiador terrible,
 Su maldecida planta
 Con desprecio nos ponga sobre el cuello,

Y las fuerzas nos falten, é invisible
 Emponzoñado gérmen nos sofoque;
 Señor! Señor piadoso!
 Que un rayo de tu lumbre
 Nuestra abatida sien fulmíneo toque,
 Y encienda en nuestro pecho santa llama,
 Y aliento nos dé al ménos,
 Para llegar cual buenos,
 Vencedores ó muertos á la cumbre!

Así eleva el anciano su plegaria,
 Miéntras oye subir de la llanura
 Maldiciones, insultos, alaridos,
 Última afrenta que en silencio apura;
 Y sintiendo sus miembros ateridos,
 Y reabrirse, sangrando, su ancha herida,
 Es para él consuelo
 No descender al suelo
 Que profana la grey envilecida,
 Y abandonado y solo, pero libre,
 Espirar como el águila en la altura.

VI

Solo una duda al sucumbir le aterra,
 Duda cruel del infierno:
 ¿Será por siempre eterno
 El reinado del mal sobre la tierra?

— ¿Por qué, esclama, Dios mio,
 Tu hechura tan preciada,
 De su angélica stirpe renegada,
 Ante el éxito impío]
 Cual meretriz impúdica se postra?
 ¿Por qué todo lo arrostra
 Por el placer, el mando ó el dinero,
 Sacrifica el honor al egoismo,
 Escarnece los nobles sentimientos,
 Y hace gala de estúpido cinismo?

Por qué suelta sonora carcajada
 Cuando llorar debiera avergonzada?
 Por qué loca, perversa, necia, idiota,
 Por qué el puñal esgrime
 Contra génio, virtud, deber, derecho,
 Y los clava si puede, en la picota,
 Lame la mano que su espalda azota,
 Y escupe al que la ilustra ó la redime?....

Pobre anciano! la angustia le enagena,
 La voz de su despecho solo escucha:
 Olvida en su delirio
 Las severas lecciones de la historia,
 Y su propia virtud que se acrisola
 Sufriendo por el bien, cual la de tantos
 Que sin soberbia pompa ni aureola,
 Modelos de entereza,
 Humildes, ignorados,
 Con viril estoicismo
 Afrontan la pobreza,
 Y saben, si es preciso, resignados,
 Caer despedazados
 ¡Oh libertad bendita!
 Por sostener con honra tu estandarte.

El Tribunal existe en otra parte:
 Aquí, en el drama humano,
 Divertida comedia,
 O sin igual tragedia,
 Simples actores somos en la escena,
 Donde por ley justísima, espiatoria,
 Que á todos endereza,
 No se alcanza la palma sin martirio;
 Sin lucha, no hay grandeza,
 Sin sacrificio, gloria.

Pero el anciano mísero
 Que en vano á Dios implora,
 Aquella abrumadora
 Duda que le atormenta, no resuelve,

Y en su turbada mente como un dardo
Acaso la blasfemia se revuelve!

VII

La montaña de pronto se estremece. . . .

¿Es el furor del Noto
Que por momentos bramador acrece?
¿El océano salva su barrera?
O sacude á la inmensa Cordillera,
Con su terrible cola cimbradora,
Cual campana de alarma, el terremoto?
De su lecho de piedra en el regazo
El moribundo anciano se incorpora. . . .

La negra tempestad bate sus alas.

Con el ronco fragor del cañonazo
Que el éco repercute pavoroso,
Escucha allá á lo léjos
Tronar el *Pororoca*;
Llamada, himno, diana
Que orquesta infernal toca,
Charanga gigantesca que convoca
En medio del derrumbe estrepitoso,
Para escalar el cielo á los titanes;
Ciclópea, triunfal marcha
Que hasta los muertos de su tumba evoca!

Un rayo en el espacio serpentea,
Y en la tromba de súbita marea
El río antes dormido,
Azotado por récios huracanes,
Como furioso potro se desboca.

Remedo de la cólera celeste
Derriba y arrebatada en su carrera
Cuanta valla le opone la ribera.

Una chispa en la selva impenetrable
Vibra, al pasar la nube,
Y espanto de reptiles y jaguares,
Trepando por llanos y palmares,
Alza el incendio destructora tea,
Que la siniestra lobreguez clarea
Y el aire envenenado purifica.

En el oscuro azul ondea inquieta,
Y opoco fulgor lanza
De lívido reflejo,
La cauda misteriosa del cometa:
¿Mensajero de duelo ó de esperanza?

X Espada diamantina (1)
Que surge de los mares
Y oculto brazo mueve,
Escribe entre rojizos luminares
La sentencia divina . . .

(1) El magnífico cometa que días antes de escribirse esta composición, apareció en Montevideo cerca del Cerro, tenía la figura de una espada y por una ilusión de óptica, estando oculto el núcleo, parecía que la punta surgía lentamente de las olas y se extendía vibrando por el cielo. Ninguna persona medianamente ilustrada, ignora que la ciencia condena la preocupación vulgar que atribuye singulares influencias á estos cuerpos errantes; pero el poeta como el orador, capaces de sentir y traducir la belleza artística, para poner mas de bulto las ideas, y sintetizar á veces con una pincelada ó una frase los cuadros que trazan ó el fin filosófico y moral que se proponen, tienen el incuestionable derecho de tomar de la naturaleza los símbolos é imágenes que al efecto consideren mas adecuados. Así procede Víctor Hugo y todos los grandes maestros. Hago esta observación para algunas buenas gentes, que á pretexto de ser enemigos de *tropos* y *ficciones*, pretenden que se hable siempre en prosa ó verso, con la rigidez de una fórmula algebráica, sin acordarse que en la poesía especialmente, no es posible herir fuertemente la imaginación del pueblo, conmover el alma é iluminar la inteligencia, sin el empleo de metáforas mas ó menos atrevidas. En el presente caso el protagonista es un adalid del derecho y de la libertad herida, presa del delirio y de la fiebre, próximo á morir en medio de una deshecha tormenta de la Cordillera, menos terrible que la duda que destroza su alma en aquel momento supremo; y la misteriosa espada (forma del astro) que aparece en el cielo al fragor de los elementos desencadenados, bien pudo responder á la muda interrogación de su espíritu y evocar en él, como en el del mas escéptico, la idea de la justicia Providencial y del castigo que tarde ó temprano alcanza á los usurpadores, ó sea de la revolución y el triunfo de la lucha armada, por la redención de su patria.

¿Quién su misterio á descifrar se atreve?

Al que la dicta y cumple justiciero
El prócer venerable
Con ademán austero,
Ya la voz embargada,
No con el lábio, con el alma invoca
Y al ver en el espacio
Fulgurando la espada redentora,

En medio del delirio de la fiebre,
Oye el clarín que toca
A la carga, y contempla arrolladora,
Envuelta en los crespones del nublado,
Libre legión que avanza
Sañuda y vengadora!

VIII

¿Qué vé?... qué oye después?... qué es lo que siente?
Por qué de su pupila antes helada
El apagado disco centellea?
Por qué dobla el anciano reverente
La altanera cabeza, y se arrodilla?....

Al gemido de su alma atribulada,
Un rumor inefable ha respondido:
Se ha rasgado la bóveda azulada,
Y un destello del Sol de la Justicia,
Resplandor de la diestra omnipotente
Que los orbes domina,
Y en la conciencia del mortal imprime
El sello augusto de su ley divina,
Aureola de luz ciñe á su frente;
En gozo y majestad baña su pecho,
Y le parece así transfigurado
Que el salmo redentor al fin escucha
De la futura gloria,
Y mira descifrado

El hondo arcano de la eterna lucha,
Y el triunfo reservado
A los fieles soldados del Derecho!

IX

Y al desgarrarse de la noche el velo,
Blanca estatua de mármol acostada,
El alba le encontró sobre la roca,
Rígido el cuerpo que abriga el hielo,
Las rosas de su sangre por almohada,
La diestra levantada
Y la mirada audaz fija en el cielo.

X

Hiere la enhiesta cumbre
Del Sol el primer rayo, ardiente, fiero,
Y disipa su lumbre
El luctuoso girón que en torno flota
Del rúmulo del mártir, triste emblema
De la tumba que en pos de la derrota,
Abrió la tiranía á un pueblo entero!

La refracción solar mueve, agiganta
La estatua humana que aun inerte gime,
Y alza la diestra en actitud sublime.

Un grupo de proscritos, fugitivos,
Allá dirige rápida su planta:
Se acerca, le rodea, y un valiente
Doncel, un niño casi, atentamente
Contempla enternecido
Aquel cadáver yerto.
El llanto de sus ojos
Hace brotar el llanto en quien le mira.
De pronto cae de hinojos
De palidez cubierto,

El cuerpo con sus brazos circunvala,
 Sobre el pecho veloz pone el oído,
 Y con un grito que del alma exhala,
 Súbito el rostro de carmin teñido
 Se yergue y clama altivo: NO ESTÁ MUERTO!

Léjos de la patria

(Fragmentos)

POR D. ANTONIO BACHINI

I

Era hermosa la tarde. Me encontraba
 Del quieto Gualeguay en la ribera,
 Bebiendo el fresco aroma de las flores
 Y hablando en el silencio con mis penas.

El zorzal en el bosque modulaba
 Sus melosas endechas,
 Y las claras ondinas se movían
 Brillantes y coquetas.

Como en terso cristal, el firmamento
 Reflejaba en el río su belleza:
 Y la brisa, volando juguetona,
 Derramaba el perfume de las yerbas.

El sol acariciaba la campiña
 Con sus luces postreras,
 Y el rumor de las aguas era suave
 Como voz de sirena.

No sé por qué misterio me oprimían
 Sensaciones extrañas y secretas...
 Mis ojos se cerraron, é inconsciente
 Recliné en verde sauce la cabeza.

En lánguido sopor adormecido

Forjaba mil quimeras,
Y miraba cruzar por el espacio
Imágenes risueñas...

II

En medio de mis sueños contemplaba
Á través de los ríos y las selvas,
Las colinas gallardas de mi patria
Con celajes de púrpura cubiertas....

Allí está. Se levanta magestuosa
Rodeada de bellezas,
La cuna de guerreros valerosos,
La bendecida tierra.

El ingente Uruguay corre tranquilo
Lamiendo con dulzura las arenas,
Y las aves se bañan en sus ondas,
Y en místico lenguaje se conversan.

Un alegre paisaje me extasía,
Me anima, me contenta:
¡Allí veo las casas de mi pueblo
En alta prominencia!

Allí están las casitas tan queridas
Que el viento del progreso las eleva,
¡Son tan lindas, tan blancas que parecen
Un racimo de lirios ó de perlas!

Y allá lejos, oculta entre el ramaje
De verde enredadera,
Se encuentra como nido de palomas
La chocita paterna.

A su lado aparecen todavía
Los caducos naranjos y la higuera
Que trepaba sonriendo venturoso
En mis días alegres de inocencia.

Son mis viejos amigos. Me conocen:
A su sombra benéfica,
Ensayé solitario mis cantares,
Las notas de mis églogas.

Soy feliz! Voy pisando de mi patria
Las floridas y hermosas alamedas:
Voy á ver la familia. ¡Ya no estorba
El manto aborrecido de la ausencia!

Mas salí de letargo tan hermoso,
Del mundo de la idea,
Y despierto toqué con amargura
La realidad funesta.

Ya no veía las flores, las ondinas,
Las luces de la tarde, las praderas,
La noche tenebrosa se acercaba
Descorriendo su velo de tinieblas.

Todo triste y callado. No gemía
El bardo de las selvas....
Solo allá , en lo infinito, fulguraba
Una pálida estrella!....

III

Quiero cantar! Que se ahogue en armonías
El rudo sufrimiento que me apresa!
¡Que abandone mi mente los recuerdos,
Las memorias tan dulces de otra época!

Quiero cantar! Que vibren para siempre
De mi lira las cuerdas,
Que se alegre el semblante, aunque mi alma
De congoja se muerda!

Quiero cantar....Pero ¡ay! el pensamiento

No recorre fugaz la azul esfera,
Ya no bate sus alas temblorosas,
No tiene inspiracion, está sin fuerza.

Del dolor los torrentes impetuosos
Le detienen y enervan:
Ya no buscan las notas para el canto,
Y mi laúd no suena.....

IV

¡Y cómo he de cantar, cuando la llama
De un ardiente volcan mi pecho, quema,
Cuando cruza, tan solo, por mi númen
De la muerte la efigie más horrenda!

Cómo voy á cantar, si están las flores
De mi fortuna, secas,
Y el alma es una tumba solitaria
De las delicias muertas!

¡Cómo voy á cantar, si en mi desgracia
Se apartan de mi lado las cadencias,
Si llevo el corazon como un recuerdo
Envuelto en el sudario de las penas!

¡Cómo voy á cantar, si ya no escucho
Las frases halagüeñas
De una madre amorosa que calmaba
Mis dias de tristeza!

¡Cómo voy á cantar, si no contemp'o
De mi patria querida las praderas,
Si no veo sus rios azulados,
Sus vergeles hermosos y sus selvas!

¡Cómo voy á cantar, si en amargura
Mi espíritu se anega,
Si arrastro con mi vida infortunada
Una historia de penas!

¡Cómo voy á cantar, cuando me agitan
Del rigor las borrascas y tormentas!
¡Cómo voy á cantar si nadie quiere
Recojer mis palabras y mis quejas!

No es posible que cante el peregrino
Vagando en patria agena,
¡Que no salen placeres del sepulcro
Ni luces de las nieblas!....

Los besos

POR DON ALCÍDES DE-MARÍA

I

Hay un idioma en los labios
Al par de mudo elocuente,
Cuyo lenguaje se siente
Sin poderse modular,
Cuando las cuerdas del alma
Vibrando en notas sonoras
De la existencia las horas
Marcan de dicha ó pesar.

Idioma fiel que traduce
Sin frases huecas ni vanas,
Las sensaciones humanas
Que produce el corazón,
Cuando una dulce esperanza
Se realiza en el camino
O cuando troncha el destino
Las flores de la ilusión.

Ese idioma misterioso
Que encierra risas y llanto,
Ese idioma cuyo encanto
Es de penas precursor,
Es la expresión de los besos
Que anuncian con su armonía
De la dicha el claro día
O la noche del dolor.

II

¿Quereis un beso halagador de fuego,

Que abrasa á la mujer á quien se adora,
Un beso que consume, que devora
Como la lava hirviente del volcan?
Ese es el beso que á la casta vírgen
Se imprime abrasador, incandescente,
Cuando la fiebre del amor se siente
Causando al alma su primer afán.

Mas si ese beso, que el pudor no ofende,
No es el que casto la pasión provoca,
Si de la vírgen la mejilla toca
Con labio impuro, seductor, falaz;
Entonces es eco engañador, impío
Del que al vil interés lo ajusta todo,
Beso que encubre un corazón de lodo
Bajo un dorado hipócrita antifaz.

Hay un beso sublime, tierno y puro
Que de la flor del alma es el perfume,
Un beso que condensa, que reasume
La delicada esencia del amor;
Un beso delicioso en que se exhala
Cuanto de tierno el corazón anida,
Que es un goce infinito de la vida
Tras una noche eterna de dolor:

Primer canto armonioso de un poema
Que preludia la voz del sentimiento,
Nota que vierte el melodioso acento
Que puso Dios tan solo en la mujer;
Primer arrullo que adormece al niño,
Néctar que al alma del dolor redime,
El primer beso que la madre imprime
Al ángel puro que le debe el ser.

También hay otro beso, que lo arranca
La fuerza del dolor que nos abate,
Un beso funerario, donde late
En girones deshecho el corazón;
Melancólico acento de tristeza

Que por doquiera en el hogar retumba
Cual si pulsara el génio de la tumba
En el arpa fatal de la aficcion .

Beso que hiere como el eco triste
De una pena infinita , sin consuelo ,
Triste plegaria que dirige al cielo
Derramando su llanto la virtud ;
Lúgubre queja que el dolor pronuncia ,
Gota de hiel vertida en un sollozo ,
Ultimo adios del padre ó del esposo
A los restos que guarda un ataud .

Otro beso hay tambien , de ténue ruido ,
Que á veces lleva quejumbroso el viento ,
Vago clamor del mísero harapiento
Que llora su destimo y su orfandad ;
Humilde beso con que dá el mendigo
La santa gratitud que allí atesora
Al posarlo en la mano bienhechora
Que ejerce la sublime caridad .

Pero dejad los besos , con que lloran
Los tristes séres que el pesar anima ,
Que hay otro beso que es la suave rima
Que disipa las sombras del pesar ;
Que es un canto armonioso en que resuenan
Las tiernas notas de infantil caricia ,
Un canto que impregnado de delicia
Dulcifica las horas del hogar .

Que es la espresion mas pura del halago
Del hijo hermoso que jamás se olvida ,
Es el iman que arrastra nuestra vida
Siempre corriendo de su dicha en pos ;
Es el beso inocente que prodiga
Con su sencilla candidez la infancia ,
De la flor de la dicha la fragancia ,
El riego de las lágrimas de Dios .

Tras ese beso delicioso y suave
Hay otro que es la voz del estravío ,
Cuadro trazado por pincel sombrío
Que dibuja la negra tempestad ,
En él destaca la figura triste
De una madre infelice que se aterra ,
Porque el clarin resuena de la guerra
En nombre de una falsa libertad .

Allí hay un hijo , jóven esperanza
De esa madre que amó con embeleso ,
Y en cuya frente deposita un beso
Que será acaso el beso postrimer ;
Hay un esposo que la esposa deja ,
Un padre que sus hijos abandona ,
Por ir á conquistar una corona
Que no es de mirtos , palmas ni laurel .

Y esa madre , esos hijos y esa esposa
De cuyos besos el pesar les resta ,
Hacen sonar en ellos su protesta
Que vibra con más fuerza que el clarin ,
Porque esos séres que su amor se llevan ,
Con quienes dicha y porvenir partieron ,
Van á regar la tierra en que nacieron
Con la sangre maldita de Cain .

Despues hay un beso frio ,
Con que se embota el sentido ,
Beso que apaga el ruido
De lúbrica bacanal ;
Y el beso puro y ardiente ,
Que con el otro contrasta ,
Brindando á la esposa casta
Como su beso nupcial .

Luego hay el beso de Judas
Con que se adula al tirano ;
El beso que dá el villano
Traicionando la amistad ;

Besos que siempre destilan
La hiel con sangre mezclada,
O la baba emponzoñada
Que infesta la humanidad.

Y ese idioma misterioso
Que encierra risas y llanto,
Ese idioma cuyo encanto
Es de penas precursor,
Es la espresion de los besos
Que anuncian con su armonía
De la dicha el claro día
O la noche del dolor.

Montevideo, Setiembre 5 de 1881.

La poesía y la ciencia

POR DON ANGEL BRIAN

LA POESIA

Océanos de luz y de armonías!
La belleza eternal de lo infinito,
Allí es donde está escrito
El nombre de mi cuna.
Desde allí bendecida
De Dios por el hálito divino,
Descendí sobre el yermo de la vida
A consolar al hombre en su destino.
Yo vine envuelta en la primera aurora
Que iluminó el oriente de los cielos,
En la primera gota del rocío
Que humedeció la pálida corola
Del alba flor, en el vergel sombrío:
En la nota sonora,
Del concierto inmortal que á la natura
Egregio saludó desde la altura.
Soy la luz, el perfume, la armonía,
En la estrella, la flor y en el espacio,
En la nube de grana y de topacio
Que allá en el horizonte sin ribera,
Llorando con la ola plañidera
Acompañan al sol en su agonía.
Soy el iman divino y misterioso
Que en el gentil espíritu del hombre
Engendra el caudaloso
Raudal de sus amores y ternezas;
Soy la fibra en que su alma se atesora,
En que canta sus dichas y tristezas,

La ansiedad de su afán, hora por hora.
 Cuando proscripta la justicia yace
 Y la cadena del tirano oprime
 La patriótica voz en la garganta,
 Mis ecos son la fuerza que levanta
 El brazo vengador; la que redime:
 Que no hay cárcel, abismo ni honda valla,
 Que no derrumbe mi viril estrofa
 Cuando de ira en la conciencia estalla!
 Mi esencia es inmortal, por que es la esencia
 De Dios que sobre el mundo se derrama;
 Mi templo y mis altares
 El corazón sublime del poeta,
 En cuya ardiente llama
 Se acrisolan mi fé con mi creencia.
 El, solo es Apóstol de mi gloria,
 Y que sujeto al riguroso embate
 De la suerte infeliz nunca se abate,
 Consagrando su aliento á mi victoria.
 Por eso la guirnalda inmarcesible
 Que circunda su frente luminosa,
 Será como mi esencia inestinguible
 Y ninguna como ella mas gloriosa.
 Dime, ¡oh ciencia! si es cierto
 Que el númen que me inspira tú lo has muerto
 Con la fría razón en que te escudas.

LA CIENCIA

¡Oh calla! no prosigas, que tu queja
 Me inunda de mortal melancolía,
 Yo sé que de tí, solo reniega
 La ciencia que es impía.
 Quién á extinguir tu lumínar alcanza?
 Quién á cegar las fuentes de tu vida
 Cuando en ellas se anida,
 "El poema inmortal de la esperanza"?
 Oh créelo! jamás de tí reniego,
 Rayos somos de un foco bendecido,

La patria de tu Sér — el infinito —
 Es la patria también donde he nacido.
 Como tú, que suspiras,
 Mi historia tengo de dolor y duelo,
 Apóstoles sublimes que en las iras
 De la ignorancia bárbara cayeron
 En holocausto á la verdad austera
 Y á cuya voz severa,
 Mundos de ignota gloria renacieron!
 En lucha por el Bien, sin otro amparo
 Que el de mi fé que nunca desfallece,
 Yo el tributo mas caro
 Rindo á la humanidad, que perseguida
 Por el genio del mal, llora y padece.
 Yo penetro, yo alumbró lo insondable,
 Yo al hombre lo levanto hasta la cima
 Que él creyera por siempre inaccesible,
 Y su afán incansable
 Que acecha y que persigue lo invisible,
 Con mi potente aliento se reanima.
 Soy el faro que marca el derrotero
 Del porvenir en el progreso humano,
 Y acortando distancias y fronteras
 Hago en abrazo fraternal, sincero,
 Que el hombre al hombre diga:— Eres mi hermano!
 Si mi reino es de luz como es tu reino,
 El mismo nuestro ideal, nuestro ardoroso
 Inestinguible anhelo,
 Si misma voz nos habla desde el cielo,
 ¿Cómo puede mi soplo generoso
 Marchitar la esperanza de tu seno?
 Oh créelo! jamás de tí reniego—
 Rayos somos de un foco bendecido,
 La patria de tu Sér—el infinito—
 Es la patria también donde he nacido.
 El lábio mio que tan solo se abre
 Á la verdad—y cuanto mi alma siente,
 Te evoca dulcemente,
 Y te llama—mi hermana!

LA POESIA

Hemos nacido en la primer mañana!
Somos el porvenir! Tu del misterio
Y el arcano las sombras ilumina;
Arranca á la verdad del cautiverio
Y regenera con su luz divina.

LA CIENCIA

Loada sea tu voz! La gloria mia
Tu cantarás en inmortal poema
Mostrando como emblema
De tu amor y mi fé, nuestra armonia.

LA POESIA

Oréen nuestras frentes auras puras!
Marchemos siempre en fraternal alianza,
Reverenciando á Dios en las alturas,
Vivificando al hombre en la esperanza!

Duda y fe

POR DON ABEL J. PÉREZ

En el seno del alma se levantan,
Cual las aves que cantan
En palacios de espléndida verdura,
Divinas ilusiones celestiales
Que arrojan á raudales
En la vida el amor y la ventura.

Se abre la vida en flor á la esperanza,
Al ideal avanza
Que promete el placer y los amores,
Y al alcanzar la tierra prometida,
Siente acabar su vida
Al peso abrumador de los dolores.

Dios inmortal, que vives en la altura,
De celestial ternura
Y de constante amor, ser infinito!
Escucha de tu trono compasivo,
El éco fugitivo
Que lleva á tí, mi lastimero grito!

Temo y dudo, Señor! Te veo y lucho,
En el espacio escucho
El himno inmenso que tu trono toca,
Y ante el grito feroz del mal triunfante,
Tu noción deslumbrante
Se quiebra cual las olas en la roca!

Sigue la vista errante la carrera
Que en la celeste esfera
Continúan bellísimos los astros,

Y en sus huellas de vívidos reflejos,
Se adivina á lo léjos
Tu nombre escrito en sus fulgentes rastros;

Y embebido el espíritu adelanta
Hácia el misterio, y canta
El arcano inmortal que te rodea,
E intentando rasgar tu eterno velo,
Quiere alzarse del suelo
El hombre, á tu morada gigantea;

Pero si ardiente y poderoso sube
Hasta la blanca nube
Que vaga en el azul del firmamento,
De la duda mortal el soplo helado,
Como el viento en el prado,
Sus flores arrebatada al pensamiento.

Duda mortal! Luchar con lo imposible,
Mirar lo indefinible
Que cual vasto sudario nos envuelve;
Pretender alcanzar á lo infinito,
Y agobiarnos el grito
Del dolor en que todo se resuelve!

Oh tú, Divinidad que te desatas,
Que destruyes y matas
Cuanto de hermoso el corazón encierra!
¿Quién eres, di? ¿Qué buscas? ¿do caminas,
Cuando llenas de ruinas
El pecho del mortal sobre la tierra?

¿Qué poder infernal te dió el aliento
Que agosta el sentimiento
Que llena el alma en nuestra edad florida?
¿Quién te prestó ese soplo envenenado
Que deja marchitado
El ideal supremo de la vida?

¿Quién te dió ese poder, poder sombrío,

Que cual la nube al río,
Empaña con su sombra la conciencia?
¿Quién te albergó en el alma ¡ay! infinita,
Cual zizaña maldita,
Que brota en el verjel de la existencia?

La esperanza.....! la fé.....! Vanos ensueños,
Quiméricos empeños
Ante tu curso asolador inquieto:
Impetuoso torrente que retumba,
Y que impele á la tumba
El ideal feliz de un bien secreto!

Gloria.....! ambicion.....! Fantasmas de la mente,
Que en su rauda corriente
Impulsan la existencia á lo insondable;
Azules y estrellados firmamentos
Donde al subir los vientos,
Nos lanzan á la duda inexorable!

Subir, siempre subir! Buscar la cumbre,
Bañada en roja lumbre
Que nos finje la mente engañadora;
Luchar con los escollos del camino,
El dolor, el destino,
Contrarios de la vida abrumadora;

Buscar entre las sombras de la tierra,
El porvenir que encierra
La dulce libertad con fanatismo;
Y al creer abarcar lo conquistado,
Mirar que hemos bajado
Al fondo tenebroso del abismo!

¿Por qué, Señor, el alma que te entona,
El himno que eslabona
El cielo venturoso con el mundo,
Ha de escuchar trocados sus acentos,
En tetricos lamentos
Que exhala el corazón ¡ay! moribundo?

¿ Por qué, por qué con ciego desvarío,
 Cual desbordado río,
 Ha de pasar la rápida existencia,
 Sacando, como él, de entre su fondo,
 Del alma en lo más hondo,
 El lógamo que empaña su conciencia?

Virtud, deber, ¿ do estais? dónde marchasteis?
 ¿ Dónde, decid, alzas'eis
 Vuestro supremo y poderoso vuelo?
 Huyendo de la tierra ensangrentada
 La mísera morada
 Dejasteis ya, para subir al cielo?

Volved! Tended las refulgentes alas,
 Sus deliciosas galas
 Vuelvan las almas á ostentar divinas,
 Y buscando las célicas alturas,
 Vuelen raudas y puras
 En pos de las esferas cristalinas;

Pues hay sobre la vida abrumadora,
 Que la ilusion devora
 Al arrancarnos del dolor un grito;
 Algo que guarda el alma en lo profundo,
 Que señala otro mundo
 Y un ser sobre los orbes infinito!

No de la duda el grito maldecido
 Resuena en el oido,
 Deteniendo en su vuelo el alma humana,
 Ah! tras la noche nebulosa y fria,
 Cual nuncio de alegría
 Torne á lucir el sol de la mañana!

Immortale odium

POR EL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

Bleed, bleed, poor country!
 Great tyranny, lay thou thy basis sure,
 For goodness dare not check thee!

 Alas, poor country,
 Almost afraid to know itself! It cannot
 Be call'd our mother, but our grave,

SHAKESPEARE (*Macbeth*).

Y en tantas glorias tú, señor de todo,
 Para quien sabe examinarte, cres
 Lo solamente vil, el asco, el lodo.

 Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,
 Que es lengua la verdad de Dios severo,
 Y la lengua de Dios nunca fué muda.

QUEVEDO.

Le cynisme des mœurs doit salir la parole,
 Et la haine du mal enfante l'hyperbole.
 Or done je puis braver le regard pudibond
 Mon vers rude et grossier, est honnête homme au fond.

BARBIER.

I

Lágrimas, que brotan puras
 Del corazon desgarrado,
 Busquen consuelo sagrado
 En sus horas de amarguras,
 Fulminando las torturas
 De servidumbre oprobiosa,
 Con esa crudeza honrosa

Que en los tiempos de desquicio,
Mas repugnante hace al vicio
Que una llaga cancerosa.

II

Una mirada, un lamento,
La voz que acusa ó que llora,
Tanto la que inquieta implora
Como la que en rudo acento
Condena el oscuro intento
De una conciencia sombría,
Todas, tienen energia
Para maldecir, odiando
A los que sacrificando
La patria, están dia á dia.

III

Al niño que en el dintel
De la vida pone el paso,
Y al anciano que á su ocaso
Va exento de amarga hiel,
A la vírgen tierna y fiel,
Al hombre duro y vehemente,
Al sencillo adolescente,
A todos, labran anhelos
De ver rodar por los suelos
Al crimen hoy prepotente.

IV

La noble causa oprimida
Por ser justa y por ser buena,
Que triste llora su pena
En el dolor sumergida,
Aun derrotada y herida

Puede alzar alta la frente,
Y al tiranuelo insolente,
Y al imbécil aterrado,
Y al verdugo ensangrentado,
Fijarles estigma ardiente.

V

No es solo el fuego el que quema,
Ni el que marca el hierro rojo,
Tambien abrasa el enojo
Del popular anatema,
Cuando lleva por emblema
La justicia y el derecho,
Y arranca de su despecho,
Un grito de indignacion,
Que nace del corazon
Que para ahogarlo es estrecho.

VI

Cante victoria el impio
Que en fraticida labor,
Vilipendia el patrio honor
Con cínico desvarío,
No recogerá su brio
En la batalla ganada
A la patria desolada,
Mas que el desprecio iracundo
Con que se execra en el mundo
La fuerza desenfrenada.

VII

Sociedad de malhechores
Que hacen del botin su afan,
Antes que ganar el pan

Como fieles servidores,
 Prefieren hundir, traidores,
 A la patria en pena acerba;
 Grey que corrompe y que enerva
 Doquier su planta desliza,
 Como á un campo esteriliza
 Rastrera y tóxica hierba.

VIII

Réprobos adormecidos
 Del crimen en la embriaguez,
 Del vicio en la lobretez
 Para siempre pervertidos,
 No escuchan ni los gemidos
 Del pueblo en aciago instante,
 Ni ven que cavan delante
 De su oscuro despotismo,
 Un insuperable abismo
 A la patria agonizante.

IX

Mas ¿qué importa á los precitos
 Sin mas Dios ni ley que el oro,
 Ni del nacional decoro
 Ni de ver con sangre escritos
 Sus nombres, y que malditos
 Y odiados por siempre sean?
 Como en nada eterno crean
 Que á la virtud los remonte,
 No tienen mas horizonte
 Que el del crimen que alardean.

X

Empecinados protervos

Sin fé ni rumbo moral,
 En inmundo cenagal
 Alientan del vicio siervos;
 Son como rapaces cuervos
 En un campo de batalla.
 La voracidad estalla,
 Los sacia, y no los enfrena,
 Que á medida que los llena
 Menos su furor acalla.

XI

Si empuñan la noble espada,
 Noble en manos del guerrero
 Que la esgrime brioso y fiero
 En la gloriosa jornada,
 No es que los réprobos, nada
 Amen de lo que honra y brilla;
 La espada de ellos mancilla
 La patria con torpe yugo,
 La llevan como un verdugo
 Lleva su horrible cuchilla.

XII

Otros acaso mas ruines,
 Por interes miserable
 Se prosternan ante el sable,
 Sin anhelar otros fines
 Que entre lujosos cojines
 Y regios artesonados
 Fingir hallarse inspirados
 De sentimientos austeros
 Al recontar los dineros
 En la abyeccion alcanzados.

XIII

Y así, esa corte servil,
De necios aduladores,
Y de infames impostores,
Corroe con su sutil
Veneno, el alma viril,
Pura, de la juventud,
Mostrándole alta virtud
Allí donde el mal se vela
Tras una ley ó una escuela
Para honrar la esclavitud.

XIV

Pero el ejemplo severo
Que dignifica y que enseña,
Lo da sólo quien desdeña
De un déspota ruin y artero
Dádivas que en pordiosero
Truecan á un pueblo infeliz.
Que el que abate la cerviz
Y el contacto impuro no huye,
Ese, al fin se prostituye
Como una vil meretriz.

XV

¿ Cesarán las sutilezas,
Las farsas y vanidades?
¿ Todas las iniquidades
De estos tiempos de bajezas,
De inconcebibles tibiezas,
Darán paso á la verdad?
¿ Se diseñará otra edad
En un porvenir cercano,

En que no sea empeño vano
Soñar con la libertad?

XVI

Oh! patria de mis ensueños!
Númen de mi humilde canto,
Amor del alma, el más santo
Que sentí en los halagüenos
Tiempos, en que tu sin dueños
Que te oprimiesen vivias,
Se fueron aquellos días
Y ay! no los siento volver;
Son mis recuerdos de ayer,
Son mis muertas alegrías!!!

XVII

Alentó antes la esperanza
Con su almo fuego mi pecho,
Que hoy fatigado y deshecho
Ayes angustiosos lanza.
Únicamente se alcanza
Lo indigno y bajo al presente;
Por eso inclino la frente
Y aunque resignado, vivo
Sin el entusiasmo altivo
De mi adolescencia ardiente.

XVIII

Me postra ya el desaliento
Y me espanta el porvenir,
Te veo, oh! patria, morir
Con ese martirio lento
Que concibe el pensamiento
Y no lo sabe expresar;

Quisiera no ver, dudar,
Para engañarme á mi mismo;
Pero no..... no es pesimismo,
De vergüenza hay que llorar.

XIX

Mas el llanto acumulado
Por honda exasperacion,
Lleve al último rincon,
El anatema lanzado
Por todo espíritu honrado,
A esa caterva altanera,
Que es sin freno hambrienta fiera
Que su mal instinto atiza
Y de gozo se electriza
Cuando mata y dilacera.

XX

Y al réprobo en su desvelo,
Remordimiento que aterra,
Tenaz sígalo en la tierra
Como un castigo del Cielo.
Y hundido en perpetuo duelo,
Desde su conciencia de hombre,
Fantasma de horror le asombre
Con ódios siempre en él fijos,
Que le muestre hasta sus hijos
Renegando de su nombre!

Setiembre 5 de 1881.

Perú y Chile

POR DON SANTIAGO MACIEL

Truena el cañon—revienta la metralla
Y en ondas sube la humareda oscura;
Alaridos de triunfo y de amargura
Conmueven la profunda inmensidad.
El choque de los hierros con el hierro
Se escucha, vago, en la extension lejana...
Es el orgullo y la ambicion humana
Sofocando la augusta libertad.

Caen los héroes envueltos en el polvo
Entre el turbion de la infernal pelea,
Muere el rayo celeste de la idea
Y sólo habla la boca del cañon.
Chile y Perú, sobre vosotros tiende
La maldicion su llama destructora:
La madre amada por sus hijos llora,
Llora la vírgen su perdido amor.

El grito de esterinio se levanta
Como serpiente convulsiva, hambrienta,
Y la capa del humo , cenicienta
Cubre la tierra en sus andrajos ya.
Corre la sangre como un río hirviente
Por montañas, por mares y por llanos,
Y esa sangre que huméa, es la de hermanos
Y que á secarse en las arenas vá.

Dos pueblos luchan y dos pueblos mueren
En los áridos campos de batalla,
Mientras cruza arrasando la metralla
La senda de un risueño porvenir.

No se llega á la cumbre del progreso
 Con gradas de cañones y de balas,
 No podrá el cóndor con pesadas alas
 A la cresta granítica subir.

Lima, la ondina del Rimac sereno,
 ¿Por ventura caerás al rudo empuje
 Del huracan que enfurecido ruje
 Al pié de los baluartes de tu honor?
 ¿Acaso, acaso el vendabal sañudo
 Que sacude en sus brazos el chileno,
 Púdica vírgen, rasgará tu seno,
 Arrastrando tus hijos al baldon?

Ah!—visiones oscuras, misteriosas
 Cual las que al hombre delirante inspiran,
 En la penumbra amontonadas giran
 En sarcástico y lúgubre tropel.
 Allí extiende sus alas la victoria,
 Acá la luz de la esperanza brota,
 Allá corre jadeante la derrota
 Entre el incendio asolador y cruel.

Allá el hermano por su hermano gime,
 Allá el amigo á sus amigos hiere,
 Y acá la esposa acongojada, muere,
 A la pálida lumbre del hogar.
 Infierno, destruccion, sarcasmo, ruina,
 Todo entre sangre coagulada rueda,
 Y del tumulto solamente queda
 El patriotismo que en el alma está.

El patriotismo—sensacion sublime
 Que bajó de los cielos encendida;
 Palpitacion gigante de la vida
 Desprendida del hálito de Dios.
 Por tí cae Prat en la cubierta, herido
 Entre el fragor de la batalla impia,
 Por tí hasta el fondo de la mar bravía,
 Grau, el héroe peruano resbaló.

Por tí un dia mi pátria idolatrada
 Alzó tambien su escudo soberano,
 Azotando la frente de un tirano
 Que quiso, imbécil pisotear la ley.
 Mientras exista el patriotismo santo
 Ala de libertad del pensamiento,
 Volarán en cenizas por el viento
 El altanero déspota y su grey.

Y por eso los hijos de los incas
 Antes que caer del enemigo en brazos,
 Desangrados, jadeantes, en pedazos
 Al pié de las trincheras morirán.
 Correrán á salvarse del escárnio
 Cuando ruje la bárbara tormenta,
 Y si el cañon al vomitar revienta,
 Con cráneos calcinados pelearán.

Y cuando grabe la inmortal historia
 Los nombres de esos ínclitos guerreros,
 Contemplantos los tiempos venideros
 El poder de la gloria y del valor.
 Si hallaron la victoria, honra al derecho,
 Y si ahogaron su aliento los tiranos,
 Dormirán como aquellos espartanos
 Que murieron por patria y por amor.

.

La obra se consumó—cayó el derecho,
 Rodaron los cadáveres sangrientos,
 Y los chacales del horror—hambrientos,
 Devoraron los restos del festin,
 Incendiaron los pueblos indefensos,
 Cobardes ultimaron al vencido,
 Y degollaron al soldado herido.....
 ¡Chile, caiga el estigma sobre tí!

¡Duerme cadáver en la tumba fría!
 Duerme el sueño tranquilo del soldado
 Que prefirió la muerte, al ver hollado
 Su inmaculado y legendario honor.
 No desmayes ¡oh pátria de los incas
 Que aun se oye de tus hijos el acento,
 Mientras que en el desierto llora el viento
 La historia funeral de tu dolor!

Las dos lunas

POR DON JOAQUIN DE SALTERAIN

(A mi particular amigo D. Manuel Lessa)

“Ecos de la batalla en que me agito
 Ahí van mis versos como el alma rudos,
 Mas pobres que la suerte del proscrito,
 Mas tristes que los árboles desnudos.”

I

Una luna de Mayo, que rasgando
 La tibia oscuridad, sobre los lirios
 Sus tintas derramara, como chispas
 Fulgura el aderezo de la hermosa;
 Una luna de amor, porque á los rayos
 Que proyecta su disco,
 Auroras el espíritu descubre
 Y al corazón el ánimo avasalla,
 Pálido mi pincel para copiarla,
 Tan gratas impresiones me sugiere,
 Dormida, como el eco de un recuerdo,
 Dormida, como el pájaro en la rama
 La dulce barcarola del deleite,
 Furtiva, con un beso despertara.

Era el beso primero
 Sobre unos labios de color de grana,
 Rojos, como esas frescas margaritas
 En sangre tintas y del prado gala:
 Era el beso primero en la mejilla

Que de rubor y de ternura llena
 Los múltiples cambiantes de la vida
 Concentra y apeñuzca en un minuto,
 Como el mundo del alma en el cerebro
 Se agolpa con el timbre del recuerdo.

Aromas de perdidas lontananzas
 Y frases y caricias,
 Mis ojos y mis labios descubrieron
 En el hálito dulce de aquel beso,
 Y los sueños de amor como bandadas
 De oscuras golondrinas
 Poblaron el vastísimo escenario
 Del mundo de la mente, como pueblan
 Las márgenes del río en la mañana
 Las brumas, los celajes y las nieblas.

Modulación divina de un *scherzo*
 Resuena en mis oídos aquel beso,
 Como suena la piedra en el abismo,
 Como suena en el alma
 La vibración del postrimer lamento,
 Melancólico, intenso,
 Mas preñado de amor y voluptuoso,
 Amante y voluptuoso como el velo
 Que cubre juguetea el albo cuello,
 Y el humo embriagador, en espirales,
 Que brota del argente pebetero.

Sus ojos en los míos, el cabello
 En crenchas de oro por la espalda suelto
 Y la mejilla de rubor teñida
 Con el cálido soplo de mi aliento;
 El horizonte de la vida hermoso,
 El labio mudo, levantado el pecho,
 Y el ánimo tranquilo,
 El ideal, el ideal mostraban
 Bañado con el fuego de un suspiro.

Como la flor con el dorado pólen

Que flota en los espacios, conducido
 Por un alegre y volador insecto,
 Al eco de sus huellas, los hechizos,
 Llenando de perfumes el ambiente,
 Renueva, se columpia y se estremece
 Para estrechar al mensajero amigo;
 Sus brazos en mis brazos,
 Noches de amor, la luna en lo infinito,
 Pasaron, como pasa
 El perfume que vuela de sus rizos,
 Fugaces, bulliciosas
 Como es fugaz el sueño de la vida
 Cuando se lleva el alma
 Al yugo indócil y á la fé tranquila.

Nimbos de blanco aspecto
 En las alturas buscan otros nimbos,
 Forman las cabelleras que rodean
 Las cumbres de los montes y los cerros;
 Se buscan, se persiguen, se confunden
 Y por móviles cófiros llevados
 Descienden de los mares á la orilla
 Para morir sonriendo y reflejando
 El azul de los cielos en la linfa.

Sus ojos en los míos reflejaron
 El cielo del amor y de la dicha,
 Azul arrobador de mis ensueños
 Que tiñe de sonrojos la pupila,
 Azul del corazón, del pensamiento
 Estímulo perpétuo y lontananza,
 Amor, sublime amor, dulce concierto,
 Síntesis de la vida y de las almas.

II

Una noche de Mayo, entre celajes
 Y negros nubarrones, engolfado
 En mundos que la pluma no bosqueja,

Miré la blanca luna, como estrella
Que la congoja de la pena, oculta;
Mi pecho era una tumba
Sin flores, sin abrigo y sin emblema,
Y sin otro calor que las pasiones
Que al afligido corazón arredran.

Luchar, siempre luchar, luchar cansado
Sin fuerzas, sin estímulo y sin guía,
Y morir en los brazos
Quizas del desvarío y desconsuelo;
La vida, es la vida
Que lleva en el cerebro la experiencia
Después que la megilla
Al soplo del pudor ya no palpita.

Nota de un miserere prolongado,
Bruma que cubre al cielo,
Brisa que susurrando,
En las hórridas noches del invierno,
Modula, sin palabras,
La vibración postrera de un lamento,
Mundo sin realidad, pero que vive
Allá dentro del pecho,
Cierra mi corazón á la esperanza
Entre los mares de la duda envuelto.

Mundos que ya pasaron,
Mármoles hoy borrados y esculpidos,
Con el buril de cien generaciones,
Arden como un volcán en la memoria;
Cruzan en torbellino;
Y pueblos, como el surco
Que deja de sus alas
El cóndor gigantesco en las alturas,
Vuelan y pasan.

Ni un eco, ni un gemido
Donde naciones mil, arrebatadas
Por la mano del tiempo, en las ruinas

Su deleznable imperio traduciendo
Desolación y luto y llanto inspiran!

Cubre la rota almena
Del árabe castillo, verde manto
Bordado por volubles campanillas
Que al pedestal granítico abrazaron;
Grifos y minaretes,
Ojivas y esculpidos capiteles,
A la luz de la luna plateada,
Fragmentos asemejan
De un cuerpo colosal, hecho pedazos.

¿Y es esa luna que mis ojos miran
La luna del varón y del guerrero,
La que cantó el poeta y el amante,
La que miró el proscrito en su destierro,
La que al ánimo arranca
El mundo de los clásicos recuerdos
Que vive con los años, los dolores,
La duda, la congoja y la batalla,
Para morir en el oscuro asilo
De los sueños del alma?

El ancho mar en la desierta playa
Depositó la nieve de su espuma, —
Suspiros vagorosos de las auras
Besaron la llanura,
El éter onduló, las densas nieblas
Guirnaldas de los montes parecieron;
La máquina celeste palpitando
Movié del universo el escenario
Y el rayo postrimero de la luna
Pintando en mi ventana,
Abrió del corazón los horizontes
Y el cielo dilató de la esperanza.

Punto de luz que asoma,
Ensancha el horizonte, la llanura

Del anchuroso mar, crece, adelanta,
 Contornea y dibuja
 Las crestas de los picos y montañas;
 Desciende á las colinas,
 Flota, sobre las márgenes risueñas,
 Hierve, con el rocío de los prados,
 Quema, con el calor del pensamiento.

Y cruza como el rayo
 Flamígero, veloz, iluminando
 La inmensa plenitud del universo:
 El espíritu humano
 Crece, dibuja sus contornos vagos
 En la frente del génio,
 Combate sin cesar, fallece, cae
 Al hondo del abismo, se levanta,
 Hierve, palpita y las tinieblas rasga
 En el canto inmortal de Prometeo
 Que surge como un himno en la batalla.

Titan aletargado,
 Con el sopor de la fatiga, duerme
 Cuando la noche del delito envuelve
 Como en mortal sudario á las naciones;
 ¡Ay! cuánto desfallece
 En hora semejante la esperanza,
 Si anubla el horizonte,
 La fé perdida, la razon burlada,
 Espectro cuya negra silueta
 Del corazon el porvenir arranca.

Mirarlo solo, abisma;
 Soñarlo desespera,
 Pensar en él enfria
 Postra y enerva:
 Postra, como el dogal de los tiranos,
 Enerva como el aura del deleite,
 Y enfria y languidece
 Como al náufrago triste y abatido
 La imágen espantosa de la muerte:

Titan adormecido, cuando el sueño,
 Para domar el ominoso yugo,
 De súbito sacudé la faz torva
 Erguida la melena, la mirada
 Ciega con el furor de la venganza,
 Y el hambre de la lucha le atosigue,
 Y el fuego de la cólera le inflame,
 Y el humo del combate le sofoque,
 Y el alma de la patria le acompañe:
 Sordo á la voz, á la congoja, mudo,
 Al ruego indócil y al perdon rebelde,
 Levantará sobre el nervudo pecho
 La valerosa y denodada frente.

El viento de su espada vengadora
 Soplando como el cierzo,
 Azotará la cumbre de los montes,
 Como á las mieses del dorado trigo
 El irritado vendabal azota.
 Leño que se desgaja
 Tronchado en mil pedazos, al silbido
 Del huracan violento y las alturas
 Y las colinas y vallados cruza
 Y corre sin cesar hasta el abismo
 Que corta la carrera y que sepulta
 En su morada, cóncava, la historia
 De todas las borrascas;
 Polvo, que las humanas tempestades
 Hasta la frente del coloso llevan
 Y que del fango en que nació, salpica
 La indómita cabeza:
 Polvo, será la historia del delito,
 Polvo, la nube negra
 Que á la atmósfera impregna
 De cálido vapor, y las naciones
 Y el corazon de un pueblo valeroso,
 Verán en la humareda
 Del incendio voraz, aniquiladas
 Y en el abismo del desprecio muertas.

Boga la blanca luna
 Sobre apiñados montes de celajes,
 Rizos de una esplendente cabellera
 Que tejen las nereidas y nayades,
 Y en el oscuro asilo del cerebro
 Y en la mezquina cárcel de mi pecho
 Palpita el corazón enardecido,
 Brota la luz y quema el pensamiento.

Montevideo, Setiembre 5 de 1881.

SUELTOS

Prevenimos á nuestros suscritores, que con el objeto de publicar en este número todas las composiciones que se leyeron en la conferencia literaria celebrada el 5 del corriente, nos hemos visto obligados á dar cuarenta páginas de exceso. El periódico sólo contendrá en lo sucesivo ochenta páginas.

La Junta Directiva del Ateneo, ha resuelto que el producto líquido que deje la publicación de este periódico, se entregue íntegro á la Comisión encargada de la construcción de un edificio para el Ateneo. Creemos que esta resolución contribuirá poderosamente á aumentar el número de suscritores, dada la popularidad del Ateneo, y la necesidad por todos reconocida, de que nuestro gran Centro tenga un local propio y espacioso para la celebración de sus reuniones científicas y literarias.

¡ Gloria al Ateneo !

El 5 del presente tuvo lugar la celebración del 13.^o aniversario del Ateneo del Uruguay con una tertulia científico-literaria dada en el Teatro San Felipe. Decir á los lectores de *Los Anales* el éxito de la fiesta, lo mismo que apuntar quiénes de los conferenciantes estuvieron los más espléndidos y recibieron las mayores ovaciones, fuera cosa por demás inútil, por sabida, puesto que sus nombres han corrido de boca en boca.

Las ovaciones que allí se prodigaron; el entusiasmo que allí se produjo; las palpitaciones que en aquellos momentos producían todos los corazones, es una prueba, más que clara, evidente, de que el sentimiento artístico y la inspiración literaria, lumináres que disipan las sombras condensadas en la vida, ó dulce néctar que destruye y elimina la hiel amontonada en los corazones, no están muertas entre nosotros, ni apagado y roto el gusto literario y la intuición de la belleza.

Los ayes de aquellos que ven para siempre desterrada de la vida la dulce y cadenciosa poesía; las dudas desgarradoras de todos aquellos que ven cómo de los altares han caído, bañadas en llanto, con el alma en girones, los dioses y las vírgenes, fuentes de inspiración

inagotable ; de todos aquellos que profetizan , ó temen por el aniquilamiento del rasgo más hermoso de la naturaleza humana , deben asistir ahí , á esas fiestas donde la pasión hierve y se desborda , donde el entusiasmo cunde y se apiña , y donde el sentimiento , no pudiendo contenerse , se presenta como una protesta elocuente de que es inútil y estéril el trabajo que tiende á desterrar el sentimiento estético ; ó encerrar dentro del círculo silogístico las manifestaciones humanas ; á no buscar para los dolores de la existencia la mitigante y consoladora manifestación poética.

El Ateneo háse cubierto en esa noche de legítima gloria . Desde su tribuna salieron los ecos de esa pasión por lo bello , como en otras ocasiones háñse lanzado las ideas y los pensamientos más culminantes á la sociedad habiendo llegado á ser el representante del pensamiento uruguayo.

Y no se diga que hay dispersos muchos rayos luminosos , cuyos focos residen en otros puntos . Las cuestiones más capitales que han surgido en la sociedad háñse dilucidado desde su tribuna ; y todo lo que atañe de cerca ; ó de léjos , el movimiento intelectual ha encontrado allí sus intérpretes y sus abogados.

El vigor de su existencia , la naturaleza propia de su constitución , la solidaridad de todas las instituciones sociales , el porvenir de todo lo que constituye el organismo de la sociedad , hace que al desarrollo del Ateneo esté unido el desarrollo de toda la vida de la República.

Jamas en la vida de la realidad gozamos de un beneficio que no haya sido proclamado en la vida del ideal ; é instituciones tenemos nosotros , cuyo desarrollo y cuya crítica se ha producido desde su tribuna para hacerlas descender hasta el orden social formando parte de nuestra existencia.

En la tertulia del 5 , el Ateneo no desmiente su historia . Por su tribuna pasaron poetas y oradores que son como las fosforescencias , por la indecisa y apacible luz que baña sus ideas y sus sentimientos , como el relámpago , por lo vivaz de sus conceptos , como el trueno , por las conmociones que producen . Pasaron otros que son como un augurio de mejores tiempos , ó como un presentimiento glorioso .

